

# Ilustración Artística

Año XXX

BARCELONA 15 DE MAYO DE 1911

Núm. 1.533

BARCELONA.—VI EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE



LA DIOSA, escultura de José Clará

Premiada con primeras medallas en París, Bruselas y Madrid

## SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El mar*, cuento de E. G. Perrier. — *Roma I.a Exposición Etnográfica y Regional*. — *Turín. La Exposición del Cincuentenario*. — *Barcelona. VIII Congreso Algodonero*. — *Justicia humana* (novela ilustrada; continuación). — *Aventuras de Juanito y Juanita* (continuación). — *Libros enviados*. — *Los sucesos de Marruecos*.

**Grabados.**—*La diosa*, escultura de J. Clará. — Dibujo de J. M. Tamburini, ilustración al cuento *El mar*. — *Monumento á Goethe*, boceto de A. Hahn. — *Monumento al czar Alejandro II*, obra de H. Ximenes. — *El sueño de la inocencia*, cuadro de G. Lee Hankey. — *Retrato*, por C. Verger Fioretti. — *Estudio de mujer*, cuadro de R. Casas. — *Juego de la corona*, cuadro de C. Mertens. — *Roma. Exposición Etnográfica y Regional*. — *Turín. Exposición del Cincuentenario*. — *Barcelona. VI Exposición Internacional de Arte*. — *Barcelona. Congreso Algodonero*. — *Turín. Vista del puente monumental sobre el Po*. — *Los sucesos de Marruecos*.

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

## LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

## I

Por más que uno quisiera hablar objetivamente del certamen artístico que acaba de abrirse en Barcelona, seguir sus salas, describir sus principales instalaciones, señalar las obras y los expositores más culminantes y hacer, en suma, lo que es de rigor en reseñas críticas de este género, se encuentra cohibido por las circunstancias y no puede abstraerse al cúmulo de cuestiones previas que se han suscitado, aun antes de la inauguración, en forma de impresiones y hasta de apasionamientos subjetivos, en forma de deducciones de carácter general, en forma de recriminación de unos contra otros.

Se ha dicho y repetido que este linaje de polémica constituye la salsa y el aperitivo de las exposiciones artísticas, debiendo contarse de antemano con los incidentes relativos á la admisión de las obras, á su colocación más ó menos favorable, á las intrigas para el nombramiento de jurados y, sobre todo, para la adjudicación de recompensas. Cada uno de estos momentos cardinales suele ser motivo de enconadas disputas en que el odio y contraposición de las escuelas, de las edades y de las camarillas, renueva el espectáculo del *odium theologicum*. Necesítase, en realidad, una gran dosis de abnegación para dejarse comprometer en las responsabilidades y sinsabores de una iniciativa de esta especie, y es preciso todo el rigor de una disciplina social escrupulosamente obedida para no declinar semejantes encargos, seguidos casi siempre por un tenaz descontento, por una implacable diatriba y, no pocas veces, por el peligro de las represalias personales. El genio irritable de los artistas, exacerbado por la competencia, por la contracción del mercado, por la multiplicación de los profesionales, por la crueldad de la lucha, por mil razones de carácter local que se unen á las de carácter cosmopolita, halla ocasión de manifestarse y concretarse alrededor de las exposiciones periódicas. Y esta irritación de espíritu, inherente á la tensión nerviosa del hombre que se esfuerza para producir y arrancar de sí mismo la belleza, la emoción y la novedad, se hace más visible y aguda cuando coincide con un momento de desmayo colectivo, cuando el pueblo en cuyo seno y bajo cuya atmósfera trabaja se halla sometido á una depresión más ó menos pasajera pero innegable.

Hablemos un poco de esta depresión del arte catalán, relacionada á juicio de algunos con la depresión de Cataluña. Este es el primer reparo, el clamor unánime que se levantó no bien entrevisto todavía el acopio que nuestros pintores ofrecían. Esto es lo que oímos repetir maquinalmente al público que atraviesa todos los días las salas del Palacio de Bellas Artes y en el cual han hecho mella las aseveraciones oídas y leídas de antemano. No puede negarse, en realidad, esa impresión de descontento por lo que toca á nuestra aportación y exceptuando la escultura. Pero hay que distinguir y saber distinguir entre lo que una exposición determinada representa y lo que es el arte de un pueblo en conjunto. Por razones casuales y fortuitas, la exposición, aun siendo extraordinaria y llamándose internacional, puede dejar de ser verdaderamente *representativa* y ofrecer una imagen incompleta y errónea, en bien ó en mal, por exceso ó por defecto, de la potencialidad artística de una raza en un momento dado. Por razones casuales y fortuitas, la concurrencia á otras exposiciones extranjeras, lo reciente de otras muchas exhibiciones individuales, pueden restar á la exposición oficial propiamente dicha, un lote considerable de lienzos que bastarían tal vez á cambiar y destruir esa impresión de insignificancia y pobreza.

De la misma manera que no puede juzgarse de la literatura de un país por los nombres ó figuras que, en un momento dado, forman parte de la Academia respectiva, no puede fallarse tampoco, en última instancia, sobre el estado general y efectivo del arte catalán, no tomando en cuenta ni teniendo á la vista más que los testimonios reunidos, de una manera convencional y caprichosa, en el certamen de tal año ó de tal mes. Para que nuestro juicio no sea incompleto ni atropellado, se requiere traer á colación todo lo que hemos visto en salones particulares, en talleres y estudios, en exposiciones privadas ó de género especial; todo lo que hemos visto remitir recientemente á concursos extranjeros ó figurar en otras manifestaciones españolas; todo lo que integra, en la actualidad y de hecho, nuestra producción, sin incurrir en la ligereza de considerarla limitada á lo que figura en el Palacio de Bellas Artes. No pueden olvidarse éxitos recientes y muy señalados de pintores de Cataluña, aquí y fuera de aquí. La ausencia de unos, ó la de obras importantes por lo que afecta á otros, debe ser tomada en consideración. Esto será un desmérito para el concurso actual; pero se ha de demostrar todavía que el concurso actual y el arte de Cataluña sean una cosa misma.

He aquí, pues, unas razones de cautela que no conviene olvidar, si no queremos tratar las cosas con meridional aturdimiento y en forma absoluta y sin matices. Pero no quiere esto decir que no haya un fondo de verdad en las lamentaciones que oímos y leemos estos días y, sobre todo, en la comparación que se ha establecido entre la parte catalana del certamen y la que corresponde á los demás pintores españoles. Un hecho, circunstancial también, á buen seguro; un hecho opuesto al de nuestra negligencia de esta vez, ha reunido á castellanos y andaluces y valencianos en una representación brillante y sólida, deparando á mucha gente, con el poder de los conjuntos felices, una sorpresa agrisada y como una revelación. Esta sorpresa ó revelación consiste en la existencia de una *nacionalidad* pictórica en España, en una restauración nacional, en un esfuerzo colectivo en busca de la esencia de la raza según sus aptitudes manifestadas históricamente, según los diversos temperamentos y tradiciones que la integran.

Aun sin Zuloaga ni Sorolla, esta fuerte impresión de nacionalidad, así en el valor objetivo de los asuntos como en las particularidades de la técnica ó procedimiento, se desprende de la multitud de telas que han venido de más allá del Ebro. En la obra de Chicharro, de Hermoso, de Romero de Torres, de Bilbao, de Benedito, de Beruete ó Zubiaurre, palpita, bajo la mayor diversidad individual, bajo la misma incoherencia de formas, temas y estilos, el genio profundo de su patria, recobrado al fin, después de un siglo de tentativas, ocultaciones y exotismos, merced á la base indefectible de toda cultura digna de este nombre: *insistere vestigiis*. Porque el prurito de internacionalidad ó «europeización» que actualmente nos desazona á todos y nos hace caer en mil extravíos y simplezas, entra por mucho, á mi juicio, en las causas de la impotencia que solemos lamentar. Yo creo que las cosas que llamamos *européas*, no lo son jamás *a priori*. Son cosas muy nacionales que cada país impone al resto de los países cultos en virtud de su fuerza, de su valor, de su originalidad, de su poderío intrínseco; son cosas que resultan europeas, después de haber sido profundamente sajonas, latinas ó eslavas, después de haber sido muy inglesas, muy alemanas ó muy españolas.

No creo que se haya dado jamás el ejemplo de una restauración como la que pretenden nuestros ultramodernos, esto es, abominando de todo lo propio y poniéndonos de rodillas ante todo lo extranjero, no por superior, ni siquiera por aceptable, sino simplemente por extranjero. No creo que sea posible ninguna restauración fraguada á espaldas del patriotismo y fuera de las corrientes nacionales. Mucho menos podrá serlo una regeneración emprendida, no contra las rutinas y los atrasos, no contra los vicios y los abusos, sino contra la esencia misma de nuestro ser y contra todo linaje de tradición próxima ó remota, inmediata ó lejana, accidental ó substancial; contra nuestro pasado, en suma, que es lo único que puede darnos la medida de nuestra capacidad y reencender en nosotros las ansias supremas y salvadoras del desquite. Lo que acontece con la pintura española de nuestros días, debiera servirnos de aviso en todo lo demás. Por sus pintores goza Castilla, actualmente, de una verdadera internacionalidad europea. Si la literatura, la filosofía, la ciencia, la política, experimentaran un incremento correlativo y se elevaran al mismo nivel, la reconquista moral de Europa por el genio castellano, por el genio ibérico, se habría consumado plenamente. Existiría una civilización español-

la *actual*, no simplemente histórica, de valor positivo é innegable. Seríamos europeos, sin dejar de ser profundamente nacionales. ¿A qué se debe el desnivel de potencia ó fuerza de producción que observamos entre ésta y otras ramas del arte y de toda la vida del espíritu? ¿No puede consistir en que los pintores han atinado con el secreto y han dado con el camino que más rectamente podía conducirlos al corazón de la humanidad civilizada? ¿No puede consistir en que las otras manifestaciones de la actividad espiritual andan descaminadas y sin brújula y toman por sentido europeo el odio á todas las «antiguallas», á todas las tradiciones, á todos los vestigios, á todos los elementos integrantes de nuestra personalidad á través del tiempo?

Así lo creo, con plena y firme convicción. Cada paso que se da hacia el *cosmopolitismo* nos aleja de Europa, á la cual no sabremos acercarnos más que siguiendo el cauce providencialmente abierto á través de las centurias por el carro victorioso del genio nacional. Si nuestra generación es bastante insensata y demente para hacer tabla rasa de todo lo que ha sido, de todo lo que es; para proclamar que la historia de España ó de Cataluña empieza en este momento preciso; que estorba todo enlace con el impulso secular que guía ó detiene el destino de los pueblos, entonces no deben extrañarse la insulsez de los frutos y el raquitismo de los engendros que son la obligada descendencia de la fatuidad. ¿Podemos hablar sinceramente una vez y decir, sin enfados ni virulencias, una verdad que late bajo todos los eufemismos? Hemos gastado demasiado tiempo hablando de renovación, para ser nuevos; hemos perdido demasiadas horas en éxtasis ante lo moderno, para conseguir la modernidad y hacerla nuestra esclava; hemos invocado con demasiado énfasis y demasiado servilismo el nombre de Europa, para resultar plenamente indiscutiblemente europeos, no de otra suerte que el hortería habla demasiado de corbatas y pantalones para resultar elegante.

El contraste que se observa entre la producción catalana y el resto de la española en la primera visita á la Exposición podría definirse por un contraste entre el aplomo y la movilidad, entre la fijeza y el temblor, entre la calma y el delirio incoherente. ¿La modernidad, los famosos vientos de renovación, la inquietud, las nuevas corrientes, las nuevas palpitaciones! ¿Se sabrá nunca el mal que habrá hecho este lenguaje siempre repetido y que ha acabado por dislocar el criterio estético, por anteponer una categoría á otra, por convertir uno de los medios y elementos de la producción artística en objeto final y exclusivo de ella? A este frenesí convulsionario, á este afán por «cambiar de error» todos los días, á esta famosa construcción de ciudades futuras por medio de programas escritos con materiales únicamente abstractos y verbalistas, sucede un decaimiento de la ciudad material y existente, que es la única que tenemos y que es muy fácil derruir, pero imposible de improvisar ó reedificar con declamaciones. Tal vez esta lección que simultáneamente han creído advertir en la Exposición de este año los hombres de tendencias más opuestas, no sea sino un grito de la sinceridad interior, un eco de la conciencia colectiva. Cataluña y su arte han padecido largamente de lo que Thiers llamaba una *fiebre obsidional*, refiriéndose á otras manifestaciones semejantes pero de carácter político. Nuestra *fiebre obsidional* ha sido la fiebre de la ultra-novedad, de la originalidad á todo trance, de lo insólito, de lo nunca visto. Nuestro estado habitual ha consistido en el tormento del alma para arrancarle notas sobreagudas y desgarradoras.

Después se ha visto que callando un poco, sin grandes alharacas ni teorizaciones, sin adular á Europa ni á la actualidad ni al universalismo se puede coincidir con todo ello, sobre todo si se sigue aquel sabio precepto: «visteme despacio, que tengo prisa.» Hay que esperar que, al fin y al cabo se impondrá esta redacción y que las vocaciones artísticas procurarán abstraerse á ese estado febril que las perturba por pretexto de alentarlas y estimularlas. Pensemos un poco menos en la novedad y en la última palpación consabida, para ser, de veras, nuevos y palpitantes. Pensemos un poco menos en Europa y hablemos un poco menos de la ciudad futura, para que Europa y el porvenir lleguen á saber de nosotros y á interesarse por nosotros. Hablando siempre de revelaciones, de evangelios, de credos nuevos, de moldes flamantes, se corre el peligro de que la producción que venga detrás de tales promesas parezca desmedrada y ruin, aunque sea robusta y sana... Mas he aquí que el espacio se acaba antes que las razones y comentarios sugeridos por una rápida visita á nuestra Exposición.

MIGUEL S. OLIVER.

## EL MAR, CUENTO DE E. G. PERRIER (1), dibujo de J. M. Tamburini



J. M. Tamburini -

Yannick, el bretón, nos habló así aquella noche de otoño en el muelle que las olas visten de encajes:

«—Ustedes, gentes de tierra, se figuran que el mar es inconsciente y creen

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

que si alguna vez se desencadena en grandes olas que suben al asalto de las rocas y juegan en alta mar con los esquifes, es simplemente porque el viento le ha sorprendido... ¡Desechen ustedes este error! El mar no es lo que ustedes piensan; el mar vive, tiene un alma como una persona y comprende y ve... Hay en sus verdes capas todo un mundo que se agita y que lo gobierna: son los demonios y los duendes que, por la noche, encienden chispas en las crestas de las olas, y las hadas benéficas que, en telares imaginarios, tejen la gasa transparente con que se aniebla el cielo por la mañana...»

Y viendo que nosotros movíamos la cabeza con gesto de incredulidad, Yannick se sonrió dulcemente:

«—¡Sí, ya sé! ¡Yannick está loco!, piensan ustedes. ¡Yannick ha escuchado demasiado las viejas leyendas que las mujeres de Armor gustan de relatar, por la noche, mientras hilan con sus ruecas!.. Pero oigan ustedes; ¿ven ustedes aquel Calvario construido hace poco allí abajo, al extremo del muelle? Pues ahora voy a contarles su historia.»

\* \*

«El año pasado, vivía en esta comarca un contrabandista cuyo nombre nadie supo jamás y a quien llamaban Yvón, no sé por qué. Era un mozo que tendría quizás treinta años, de rostro enérgico, de cuerpo robusto... Tenía una barca de su propiedad que amarraba con las nuestras en el puerto, y a la que se reconocía inmediatamente por sus velas negras. Yvón dormía de día y navegaba de noche; gozaba fama de marinero hábil y avezado a todas las fatigas, y muchas veces en los momentos de las más fuertes tempestades, cuando los pescadores recogían a toda prisa sus redes, veíasele solo, agarrado al mástil y dirigiendo su embarcación mar adentro...»

»—Esta vez se pierde irremisiblemente, decían las gentes angustiadas.

»Pero aquel hombre era un demonio. Ya podía rugir la tempestad; ya podían los carabineros permanecer en acecho; al día siguiente volvía Yvón, después de haber realizado su tarea y sin la más pequeña avería...

»—¡Condenado diablo!, exclamaban los marinos.

»Y todo el mundo le quería por su audacia y también porque siempre tenía una canción en los labios y en las manos un vaso de vino. Las muchachas sobre todo, no tenían ojos más que para él; le denominaban «el guapo Yvón» y le escuchaban complacientes cuando las requiebraba; porque en punto á requiebros no había quien le igualase.

»Pues bien, un día, á fuerza de galantear á todas, acabó por enamorarse de una mocita del acantilado. En un principio, la gente se mostró sorprendida de ver que un mozo como aquél, á quien se juzgaba ambicioso porque le gustaban los trajes bonitos y los zapatos finos, cortejaba á la Petineta. «¡Yvón se ha vuelto loco!», murmuraban las comadres. En efecto, la Petineta era la muchacha más pobre de la comarca; su padre no le había dejado ni un hilo en herencia. Pero lo que la gente no decía es que la Petineta era también la moza más bonita del pueblo; no había talle como el suyo, ni sonrisa como la suya, tan acariciadora, que sin querer le inflamaba á uno el corazón; y tenía unos ojos grandes y enigmáticos y largos cabellos rubios que la envolvían como un manto de sol. Por la tarde sobre todo había que verla cuando se disponía á triscar por entre los brezos; hubiérase jurado entonces que era una de esas hadas que, en otros tiempos, danzaban en torno de los menhires. Cuando modulaba alguna vieja romanza de la tierra, su voz era un encanto y la gente se detenía asombrada, sin atreverse á hacer un gesto, por miedo de hacerla huir amedrentada...

»Yvón y Petineta se desposaron en una tarde de otoño.

»Todavía me parece verlos uno al lado de otro. Él estaba transfigurado; nunca le vi tan guapo como en la tarde aquella. Sus ojos brillaban con brillo extraordinario y sus manos temblaban cuando ponía la sortija de oro en el dedo de la desposada... Ella sonreía, y había en su rostro difundida tanta alegría, tanta felicidad, que en vano hubieran intentado

expresar las palabras, que cuantos asistieron á la ceremonia, con el corazón conmovido, ni siquiera pensaron en disimular sus lágrimas...

»Después transcurrieron semanas...



Monumento á Goethe que ha de erigirse en Chicago  
boceto de Armando Hahn

»Y de pronto, cuando ya se pensaba en la boda próxima, súpose con estupor una cosa inaudita: Yvón, el guapo Yvón, era un impostor! ¿De quién fiarse, pues, en adelante, si las palabras que parecen más sinceras no son sino mentiras? Yvón se había burlado

de una pobre alma sin defensa, y presa de gran cólera acababa de romper el pacto de amor que le unía á Petineta... ¿Qué había ocurrido entre ellos? ¿Qué maleficio diabólico había turbado su vida? ¡Misterio!.. La tumba guarda este secreto...

»Allá abajo, al extremo del muelle, los dos amantes tuvieron una entrevista suprema.

»Petineta, arrodillada sobre las piedras, tendía los brazos hacia su novio implorando su piedad:

»—¡Yvón!, sollozaba. ¿Será verdad que habré de llorar por ti después que me has prometido tanta dicha?

»Pero Yvón no la escuchaba; Yvón apartaba los ojos de ella.

»—Las promesas se las lleva el viento, decía en tono de maligna burla.

»Y cada súplica de Petineta hacíale reír con más fuerza y echarse más atrás.

»Había alcanzado ya su barca y se disponía á hacerse á la mar, acaso para siempre, sin siquiera hacer á su amada la limosna de un último adiós... Ya estaba á punto de consumarse lo irreparable... ¡Pero afortunadamente el mar vigilaba! El mar, consciente y justo, no podía consentir en aquella infamia...

»De pronto, en medio del firmamento puro, formóse una nube negra; un remolino furioso acercóse veloz desde el fondo del horizonte. Y mientras el acantilado temblaba de espanto una ola gigantesca rompió con rugido de leona y barrió el muelle triturando las rocas y apagando los faros.

»—¡Estamos perdidos!, gritó una voz, en el estertor de la agonía.

»Cuando la ola se hubo retirado, no había nadie en el muelle...

\*\*\*

»En recuerdo de aquellos dos amantes que hoy reposan juntos, desposados en la muerte, se ha erigido ese Calvario... ¡Guárdense ustedes de ir á meditar allí en las noches de luna, porque hay aparecidos que vagan por aquel lugar...»

Así habló Yannick, el bretón, aquella noche de otoño en el muelle que la marea alta viste de encajes.



Monumento al czar Alejandro II que ha de erigirse en Kiew, obra de Héctor Ximenes. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Este monumento ha sido directamente encargado por el actual czar, Nicolás II, al notable escultor italiano. En el centro álzase la estatua de aquel soberano, en uniforme de general y con el manto real, teniendo en la mano el proyecto de Constitución que había preparado y que, á causa de su muerte, no pudo promulgar. En la base central, un grupo reproduce la liberación de los siervos; una matrona, Rusia, enlaza las manos del rico y del pobre.



El sueño de la inocencia, cuadro de Guillermo Lee Hankey



Retrato pintado por Carlos Verger Fioretti

El cuadro de Lee Hankey es una obra tan bien observada como hondamente sentida; el niño duerme verdaderamente el sueño de la inocencia y la figura de la madre está arrancada de la realidad. — En el retrato de Verger vemos la mano del artista concienzudo que ha sabido no sólo reproducir la personalidad física de la dama retratada, sino, además, imprimirle la expresión de su fisonomía moral; el fondo sobre el cual se destaca la figura contribuye á dar valor á ésta.



Estudio de mujer, cuadro de Ramón Casas



Juego de la corona, cuadro de Carlos Mertens

Casas, en este estudio, se nos presenta una vez más como el maestro á quien pocos igualan en esta clase de obras: la expresión del rostro, la naturalidad de la actitud, la perfección del dibujo, la sobriedad y la delicadeza del colorido hacen de este cuadro una verdadera joya de la exposición. — La escena campestre de Mertens es una nota altamente simpática, así por el asunto como por el lugar en que se desarrolla y por los personajes, esas niñas que el pintor ha tratado con tanto cariño.

ROMA.—LA EXPOSICIÓN ETNOGRÁFICA Y REGIONAL

De las cuatro exposiciones parciales que constituyen la gran Exposición de Roma, la etnográfica y regional, instalada en la Plaza de Armas, es indudablemente, si no la más importante, la más interesante y pintoresca. Todas las regiones que in-

los sitios más típicos de la «Reina de las Lagunas.»

El de Viterbo está constituido por dos edificios, un palacio vetusto y una casa



La entrada de honor



El palacio de las fiestas

tegran la nación italiana han construido en ella sendos pabellones que reproducen sus palacios ó monumentos históricos característicos y en los cuales, además, pueden estudiarse sus principales producciones y sus usos y costumbres.

En el número 1.529 publicamos vistas de varios de estos pabellones y en esta página van algunos más. No disponiendo

de la plaza del Duomo; en la plazoleta, álzase la antigua fuente de Piano Scarano. Además se reproduce un campo de pastores de la campiña romana.

El pabellón toscano recuerda, en su frontón, el estilo de Brunellesco y las decoraciones cerámicas de della Robbia, y en su conjunto resume los mejores y más característicos moti-

El pabellón lombardo es un conjunto de varios monumentos: el Arenzario de Monza, el pórtico del Monte de Piedad de Cremona y el claustro de la Cartuja de Pavía.

El pabellón Emiliano Romañolo está compuesto de tres motivos: el templo de Malatesta de Rimini, el palacio de los Bentivoglio de Bolonia y el castillo de los Este de Ferrara.



Foro de las regiones italianas



Pabellón Emiliano-Romañolo

de espacio para describirlos minuciosamente, nos limitaremos á dar de cada uno una ligera indicación.

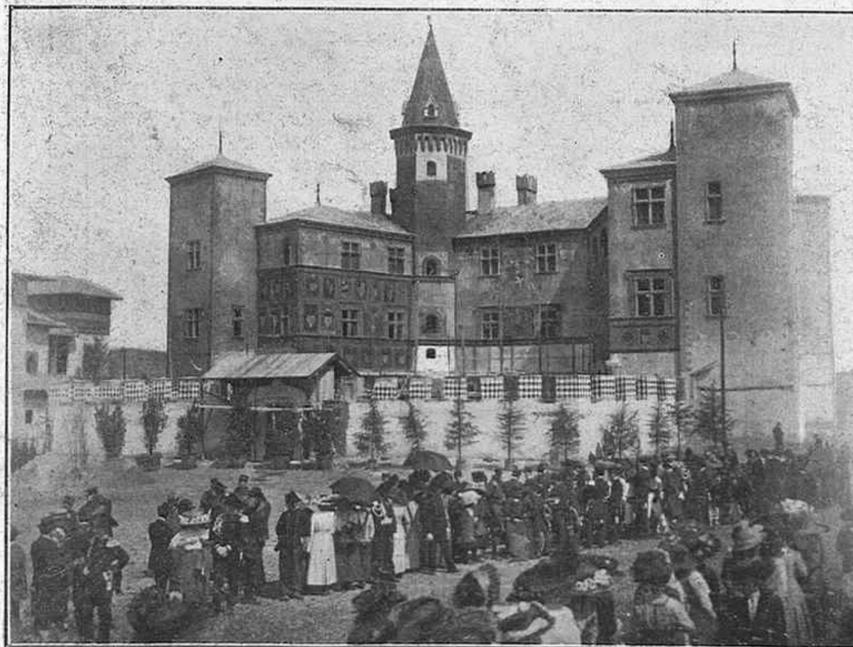
El pabellón veneciano está inspirado en la Torre del Reloj, de la plaza de San Marcos, en la famosa Loggia de Candia y en otros edificios del siglo XVI construidos por Palladio y Sansovino; en torno del mismo, una pequeña ciudad que recuerda

vos arquitectónicos del Renacimiento; alrededor, hay un jardín inspirado en el carácter toscano de la época, así por su disposición como por la clase de plantas que lo componen.

El pabellón de Asís reproduce tres edificios notables de aquella ciudad, entre ellos la casa en donde nació San Francisco; hay también una reproducción del Puente Marcello.

Aparte de estas muestras del arte antiguo, llaman la atención las construcciones modernas, tales como la entrada de honor, el foro de ingreso de las regiones, el magnífico Palacio de las Fiestas que se alza junto á un estanque y el Palacio de la Pesca. — S.

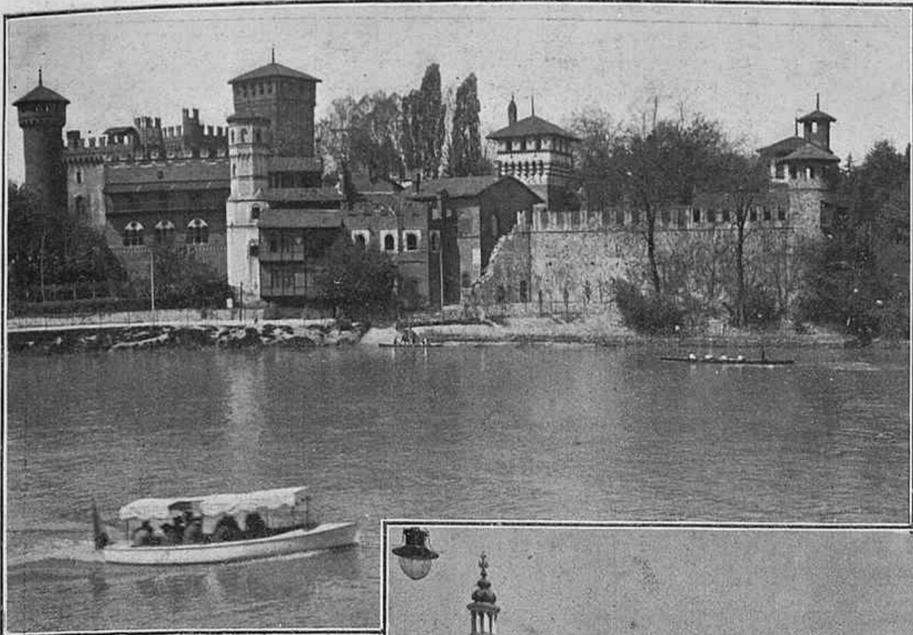
(Fotografías de Carlos Abeniicar.)



Pabellón lombardo



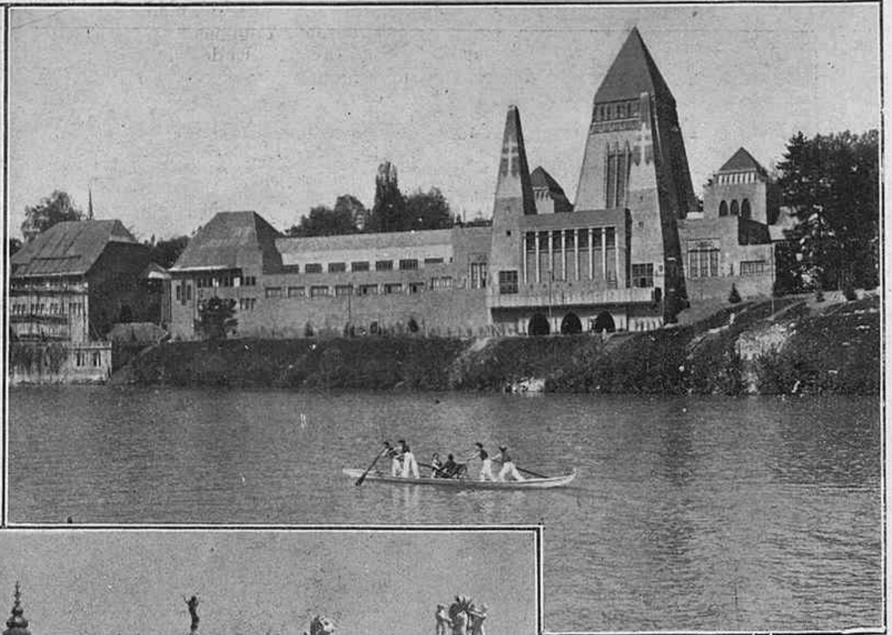
Pabellón veneciano



El palacio de la Edad Media

En el último número dimos cuenta de la inauguración de la Exposición con que Turín celebra el cincuentenario de la constitución del reino de Italia y publicamos las vistas de algunos de sus principales pabellones. En el presente continuamos la información comenzada reproduciendo los palacios de la Edad Media, de la Metalurgia y de Egipto y dos vistas de la hermosa fiesta del Estadio. Aquellos palacios dan idea no sólo de la grandiosidad, sino también de la elegancia arquitectónica de las construcciones que constituyen la exposición.

El palacio de la Edad Media forma parte del barrio medieval que se edificó cuando la exposición de 1884 y que, conservado desde entonces, ostenta la pátina de más de medio siglo que contribuye á darle mayor carácter. Ahora, como en aquella otra ocasión, el barrio es una reconstrucción completa, no solamente de los edificios y calles de una ciudad



El pabellón Egipcio

dos, con indumentaria irreprochable.

La fiesta del Estadio se efectuó el día 1.º de los corrientes en la antigua Plaza de Armas, en donde el estadio se levanta. El inmenso teatro circular de más de dos kilómetros de circunferencia, cuyo cuerpo central ocupa una superficie de 47.000 metros cuadrados y en cuyas graderías pueden sentarse 60.000 espectadores, ofrecía un aspecto de animación extraordinaria; cien mil personas llenaban las gradas y los espacios de la arena destinados al público. En la tribuna regia estaban los reyes de



El palacio de la Metalurgia

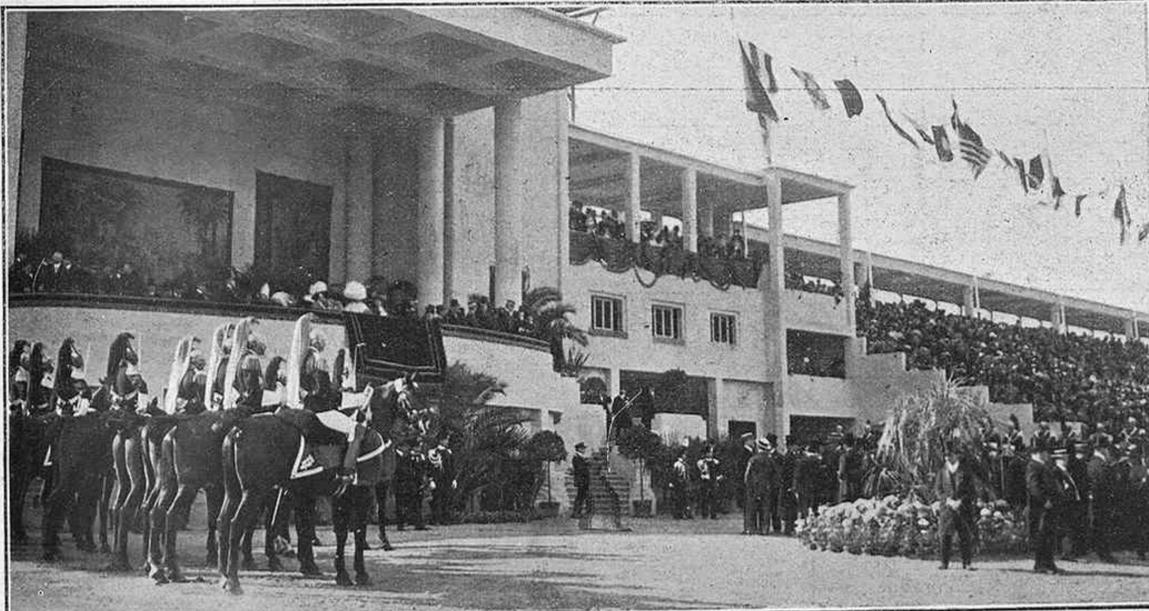
antigua, sino, además, de la vida que en ella hacían sus habitantes en los tiempos pasados. Hay allí tiendas perfectamente reproducidas, objetos de la época admirablemente imitados, y una población de castellanos, menestrales, trovadores, solda-

Italia, las princesas Isabel y Leticia, los duques de Aosta y de los Abruzos, el conde de Turín, la corte, el gobierno, las autoridades y un número considerable de invitados distinguidos.

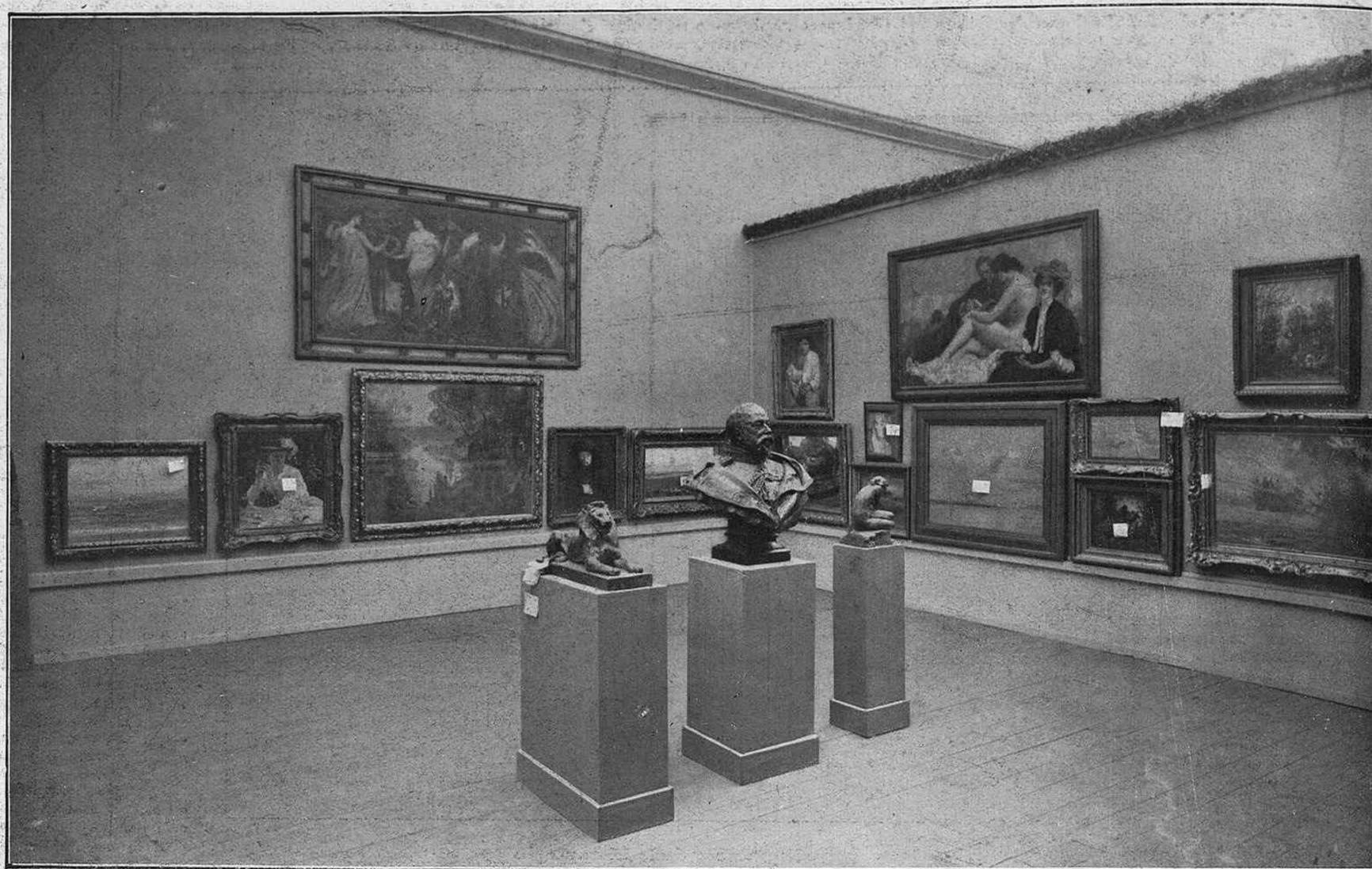
El espectáculo fué por demás grandioso, simpático é interesante. Los alumnos de ambos sexos de las escuelas elementales de Turín, en número de ocho mil, desfilaron en grupos de quinientos por delante de la tribuna con orden perfecto, dieron la vuelta al estadio y se situaron enfrente del palco regio, en veinte filas, alternando los niños, vestidos de azul, con las niñas, que lucían trajes blancos. A una señal dada por el director, comenzaron los ejercicios gimnásticos y los movimientos rítmicos ejecutados con precisión extraordinaria.

De pronto se hizo un gran silencio en el amplio estadio, agitóse una bandera, y aquellas ocho mil voces, como una voz sola, firme, suave, acompasada, entonaron el himno de Mameli, aquel himno que empieza: *Fratelli d'Italia, l'Italia s'è desta* (Hermanos de Italia, Italia ha despertado), y que hace cincuenta años conmovió á todo un pueblo y lo llevó á la conquista de su libertad. El efecto de aquel coro patriótico en aquellos momentos fué inmenso; todos cuantos lo escuchaban sentíanse hondamente emocionados y cuando terminó la última estrofa resonó un aplauso estruendoso, ensordecedor, interminable y de todos los labios salieron entusiastas aclamaciones.

Durante su estancia en Turín, los reyes de Italia visitaron varios pabellones de la exposición, especialmente el de los italianos en el extranjero, el de Hungría y el de la Ciudad de París, y los palacios de la Guerra, de la Marina y del material ferroviario. — R.



La tribuna regia durante la fiesta del Estadio.—Vista general de la fiesta del Estadio



Sala XVIII. Inglaterra.—Vense en esta sala cuadros de Lambert, Wytas, Crane, Dawson, Papercorn, etc., destacándose en el centro el hermoso busto fundido en bronce del rey Eduardo VII, obra del escultor Wood



Sala X. Alemania.—Contiene cuadros de Goosens, Kampf, Clavenlech, Kallmorgen, Poile, Reußen, Ackermann, Frenzeel, Hardt, Hermanns y otros



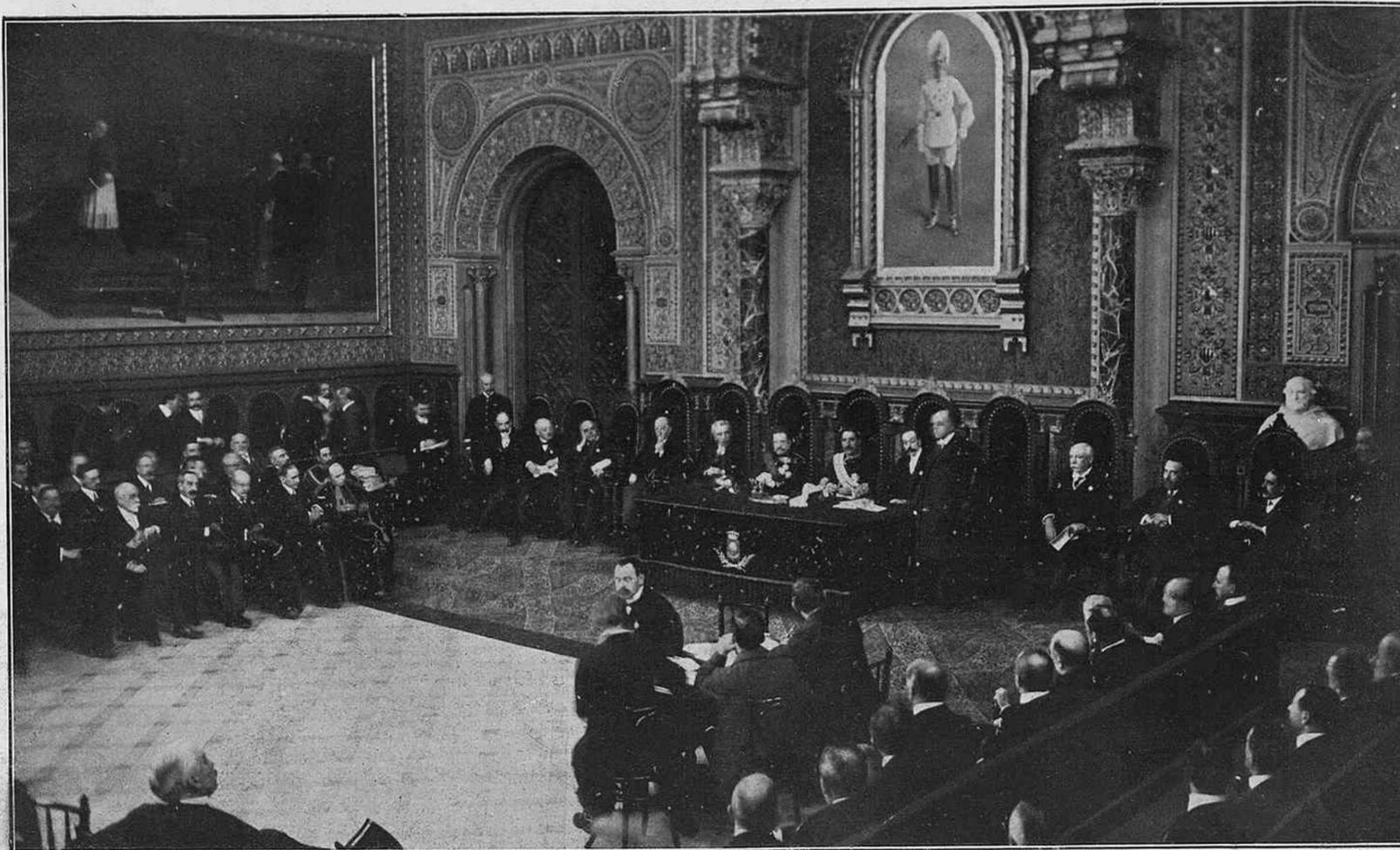
Sala XIV. Italia.—Hállanse en ella instalados cuadros de Borsa, Nonellini, Saneti, Innocenti, Falco, Botero, Caprile, Casciaro, Milese, Sartorio, Chini, Miglaro y otros, así como esculturas de Cifariello y Nicolini



Sala XII. Italia.—En ella figuran cuadros de Ridoli, Rizzi, Zaneti, Coprari, Santoré, Cairati, Silvestri, Calomardi, Calderini, etc., y esculturas de Bo, Tofanari, Rivalta, Gatto, Chiavamonti y Macagnini

BARCELONA.—VIII CONGRESO DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL ALGODONERA. (Fotografías de A. Merletti.)

Durante la semana última se ha reunido en esta ciudad el Congreso de la Federación Internacional Algodonera, octavo el Sr. Calvet, saludando á los congresistas, recordando la magna obra realizada por los anteriores congresos, haciendo consideraciones sobre la industria del algodón. Todos los oradores fueron entusiastamente aplaudidos.



Sesión inaugural del Congreso celebrado el día 8 de los corrientes en el Paraninfo de la Universidad

de los que desde 1904 celebra esta entidad anualmente en las principales ciudades de Europa. El primero de estos congresos se reunió en Zurich, después de la famosa alza de algodones conocida por el alza de Sully y en vista de las peligrosas convulsiones provocadas por la especulación, acordándose entonces crear la Federación Internacional. Para juzgar de la importancia de ésta, bastará saber que en ella están representadas las industrias manufactureras de algodón de Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Indias, Inglaterra, Italia, Japón, Noruega, Portugal, Rusia, Suecia y Suiza.

Para asistir al congreso de Barcelona han venido delegados de todas las naciones que de la Federación forman parte, en número de 160, todos ellos grandes industriales y hombres competentes en las importantes cuestiones que con las manufacturas algodonerías se relacionan. También vino el actual ministro de Fomento Sr. Gasset para presidir la sesión inaugural en nombre del gobierno.

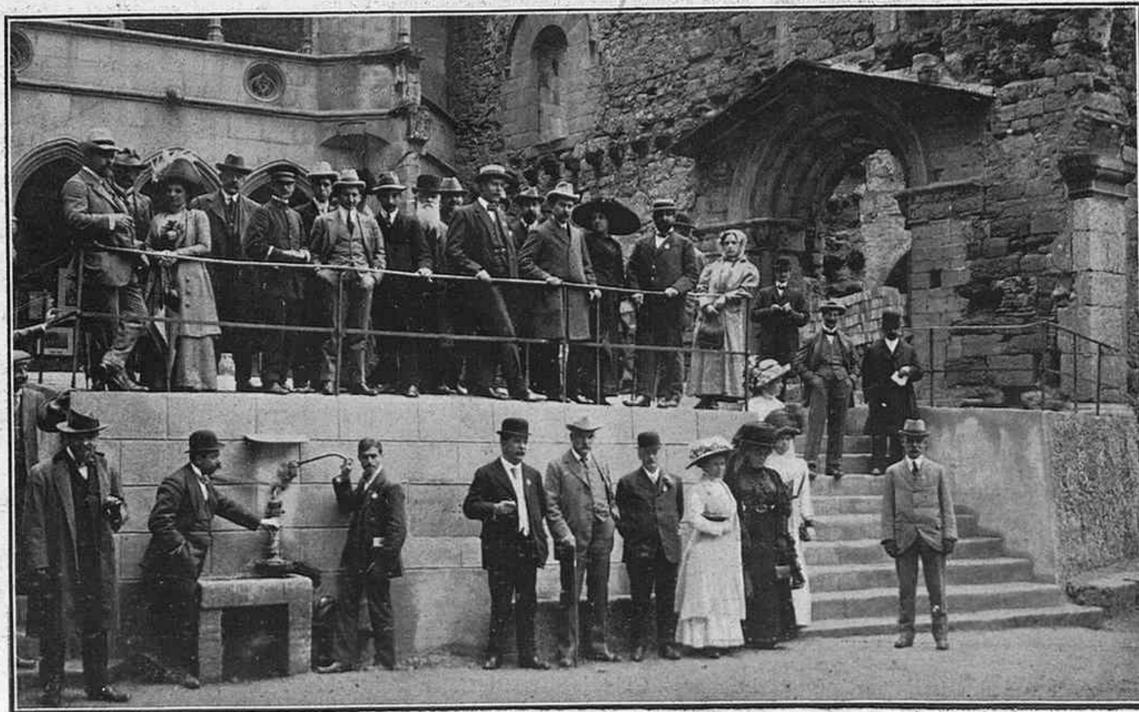
La ceremonia de la inauguración del VIII Congreso Algodonero efectuóse el día 8 de este mes en el Paraninfo de nuestra universidad. Ocupó la presidencia el ministro, quien tenía á su derecha al general Weyler, al gobernador civil Sr. Portela y á tres delegados extranjeros, y á su izquierda al Sr. Calvet, delegado de España en el Comité Internacional de la Federación, al alcalde Sr. marqués de Marianao, al Sr. Macara, presidente del mencionado comité, á un delegado extranjero y al concejal de nuestro Ayuntamiento Sr. Lluhi y Risech. Abierta la sesión por el Sr. Gasset, pronunciaron discursos:

votos porque el actual sea de resultados provechosos y agradeciendo la presencia del ministro; el marqués de Marianao, dando la bienvenida á los congresistas, ofreciéndoles la hospitalidad de Barcelona y expresando la satisfacción que sentía nuestra ciudad por haber sido escogida para la celebración de un acto de tanta trascendencia; y el Sr. Gasset, manifestando cuánto se honraba presidiendo el congreso, señalando la importancia de éste y de la industria algodонера y anunciando que el gobierno y el rey, deseosos de premiar los méritos y los trabajos del Sr. Macara, le habían concedido la gran cruz del Mérito Agrícola. El Sr. Macara agradeció en sentidas frases la distinción con que se le había honrado y se extendió en atinadísimas

En las sesiones celebradas por el congreso en pleno y por las varias secciones en que estaba dividido, se discutieron te-



Recepción en honor de los congresistas celebrada en la Casa de la Ciudad



Grupo de congresistas en el monasterio de Montserrat

mas tan interesantes como el cultivo del algodón, el seguro de incendios en las fábricas algodonerías, los usos y condiciones de venta de los hilados y tejidos de algodón, el aprovisionamiento de la primera materia y el cultivo del algodón en lo que respecta al mejoramiento de la clase, el contrato uniforme para la venta de hilados y tejidos de algodón, los tribunales arbitrales, los embalajes, etc. Sobre todos estos temas se presentaron luminosas memorias, cuya discusión dió lugar á que se pronunciasen discursos notabilísimos, y se formularon conclusiones que redundarán en gran beneficio de la industria.

Los congresistas extranjeros, varios de los cuales han venido acompañados de sus esposas y de sus hijas, han sido agasajados, durante su estancia en esta capital, con varios obsequios.

El Ayuntamiento dió en su honor una recepción que se celebró en el grandioso Salón de Ciento, decorado é iluminado espléndidamente, y á la que asistieron, además de los congresistas, el ministro, las autoridades, representantes de corporaciones oficiales, de entidades económicas, literarias y artísticas, senadores, diputados y otras ilustres personalidades barcelonesas.

En el Liceo hubo función de gala, que resultó brillantísima, ofreciendo el teatro un aspecto deslumbrador.

La Cámara de Comercio obsequió á los congresistas con un suntuoso banquete de 400 cubiertos en el histórico y grandioso salón de la Lonja; el Centro Algodonero de esta ciudad con una excursión á Montserrat, y la Federación Algodonera Española con un concierto de gala que se efectuó en el *Palau de la Música Catalana* y en el que, con su acostumbrada maestría, ejecutó selectas composiciones el Orfeó Catalá. — T.

Al presente número acompaña un prospecto, que recomendamos á nuestros lectores, referente á los productos fotográficos de la Casa Actien-Gesellschaft für Anilin Fabrikation.

# JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

¿Cómo decir: «Os engañáis, yo no soy ese hombre?..» Tanto valía negar su identidad; tanto valía contestar *no* cuando el presidente le preguntase: «¿Usted se llama Lionel Enrique Lermantes, nacido en 1856, en el Mans, donde su padre se encontraba de guarnición?..» ¡Ah!, ¿cómo explicar, en aquel cuadro estrecho del interrogatorio, tantas cosas complejas, aunque tan sencillas; tantos actos discutidos, aunque inocentes; tantas apariencias que envolvían como un velo intangible la verdad?..

V

Cuando se hubo levantado para el interrogatorio, Lermantes contestó «sí,» más bien con los labios que con la voz, á las primeras preguntas. Así se vino en conocimiento de que había perdido á su madre cuando él apenas contaba diez años; de que su padre, en 1870, mandaba un escuadrón bajo las órdenes del general, entonces coronel, Pellice, amigo suyo, siendo muerto á la vista de su jefe en la batalla de Gravelotte. Sentados estos preliminares, el Sr. Motiers de Fraisse apretó más:

—Quedábase usted solo, con pocos recusos, sin más familia que un tío materno que se había marchado á las colonias á la edad de veinte años y de quien usted no había vuelto á oír hablar. El general Pellice, su padrino de usted, consintió entonces en servirle de tutor. Se propuso desde luego orientar á usted hacia la carrera de las armas, en que hubiera podido guiar á usted al principio. Pero usted no quiso seguir sus consejos, so pretexto de que no tenía afición ninguna á la milicia.

—Es verdad. Mis recursos, aunque modestos, me permitían sufragar los gastos de mis estudios en la Escuela central.

Enderezó el busto sacudiendo sus cabellos, como para librarse de la carga que pesaba sobre él, y añadió, erguida la frente:

—Creo haber probado que no me equivocaba respecto á mi vocación.

Este ademán de altivez suscitó en la sala un murmullo simpático. Quizá el jurado, en su conjunto, fué por ello menos favorablemente impresionado: no suele permitir á los acusados más que una dignidad modesta, y éste parecía dispuesto á tomar la ofensiva.

—Es verdad, concedió el presidente; tenía usted gran facilidad para las matemáticas y salió usted de la escuela con un buen número. Sin embargo, no consagró usted su juventud exclusivamente al trabajo; consagró gran parte á los placeres. Y los placeres cuestan caros. Y como sus recursos eran módicos, aceptó las liberalidades del general.

—No las provoqué nunca.

—¿Está usted seguro?

—Sin duda.

—¿Ha olvidado usted cierto incidente que señaló

su último año de estudios?.. En aquel momento, había usted jugado y perdido una cantidad muy importante en un casino. Y lo peor es que había jugado

cho, no quiero que se toque así á tu peculio mientras está en mis manos. Esos ochocientos francos, yo te los regalaré. ¿Eso te molesta un poco, eh? ¡Peor para ti!

La pequeña humillación que vas á sufrir aceptándolos te enseñará lo que son las deudas de juego.» Desde entonces, en efecto, no volví á jugar.

Todo esto fué dicho simplemente, con franqueza; el episodio redundaba en provecho de Lermantes. En la concurrencia, sin embargo, una voz murmuró:

—¡Devuelve la pelota!

Chaussy se encogió de hombros y dijo al oído de Juan Bogis:

—El presidente le guarda contemplaciones... ¡Claro!..

—En el expediente, nada contradice la afirmación de usted, prosiguió el Sr. Motiers de Fraisse. Sin embargo, ¿continuó usted su existencia dispendiosa y ligera?

—Me entregaba al placer con igual ardor que al trabajo. Tenía buena salud, savia y fuerza, y me aproveché de todo.

—En grande; ¿y siempre con el apoyo pecuniario del general?

—Repito que nunca le pedí nada. El general deseaba que yo le escribiese á menudo. Conservé todas mis cartas: me lo dijo la última vez que le vi, refiriéndome que se ocupaba en clasificar sus papeles. No se encontrará una sola que contenga una petición de dinero, ni siquiera, estoy seguro, una alusión á las necesidades ó á los deseos que yo podía tener. Pero ¿por qué había de rehusar sus liberalidades? ¿Ni cómo hubiera podido rehusarlas sin ofenderle? Era mi padrino, y yo le consideraba como un segundo padre.

—Esas liberalidades continuaron cuando, en posesión de su patrimonio y provisto de su título, quiso usted viajar por Ale-

bajo palabra. El general pagó. Creo que se trataba de dos ó tres mil francos.

—Me había dejado llevar á un casino, sin saber que allí se jugaba. Perdí, no dos ó tres mil francos, sino exactamente ochocientos... ¡Ochocientos francos, señor presidente!

Como esa diferencia entre las cantidades indicadas causase cierta sorpresa, Lermantes insistió:

—Esa cantidad consta en una carta del general que figura en el expediente; si no es exacta, es fácil de rectificar.

El Sr. Motiers de Fraisse consultó sus notas y reconoció, mediante un gesto, que se había equivocado.

—El caso es que la deuda fué pagada por el general.

—He aquí lo que pasó. Como hacía pocas semanas que yo era mayor de edad, el general aun no había rendido sus cuentas de tutela, y yo tuve que dirigirme á él, suplicándole que me anticipase aquella cantidad ínterin presentaba la liquidación procedente. Él me contestó á poca diferencia: «No, mucha-

mania y por las dos Américas. A su regreso, fué el general quien le hizo entrar en la Sociedad metalúrgica del Norte, de la cual era accionista importante. Más tarde, cuando trató usted de constituir los fondos de su primer empresa, el Puerto de San Félix, le ayudó á usted.

—Lo hizo espontáneamente. Y no se arrepintió jamás de haberlo hecho, puesto que el negocio dió en seguida el 15 por 100. En lo sucesivo, no volví á tener necesidad de su concurso.

—¿Una solicitud tan persistente de parte de un hombre al cual no le unía ningún lazo de parentesco, no le extrañó á usted nunca?

—¿Por qué había de extrañarme? Si yo tuviera un ahijado, haría lo mismo con él. Lo que el general hacía por mí me parecía muy natural.

—Sin embargo, circularon rumores desagradables sobre la manera que tuvo usted de reconocer aquella benevolencia. La señora de Pellice era mucho más joven que su marido; la asiduidad de usted en su casa dió lugar á comentarios muy sensibles.



Cuando se hubo levantado para el interrogatorio, Lermantes contestó «sí...»

—No me enteré de esas calumnias hasta después de mi prisión; fué el juez de instrucción quien me las reveló. Supongo que circulan otras semejantes sobre muchas personas que no lo sospechan. La señora de Pellice era una mujer irreproachable: nunca me inspiró más que un profundo respeto. No tengo medio de probar la falsedad de esas infamias; pero tampoco se podrá sentar que sean exactas, puesto que no lo son. No es posible constituir una prueba negativa; afortunadamente tampoco es posible probar una mentira.

Las preguntas del presidente sobre este punto desagradaron: ¿qué relación podía existir entre los hechos de autos y aquella historia, verdadera ó falsa, puesto que la señora de Pellice descansaba desde hacía veinte años en su tumba? La gente de vida agitada se complace en pensar que nadie turbará la paz de sus cenizas. Por otra parte, la firmeza de Lermantes y la sinceridad de su acento le creaban simpatías. Hablando, recobraba fuerzas, se dominaba, volvía á ser él. Durante su larga detención, al repasar su vida después de aquellas crueles sesiones en que el juez de instrucción escudriñaba los secretos de la misma, descubría, con una especie de horror, ciertas manchas de que él no había tenido conciencia; y el remordimiento, vana pasión depresiva, le extenuaba en su calabozo. Ahora, alzando la frente contra la calumnia, la rechazaba con una serenidad que no carecía de grandeza. Su tranquilidad, la gravedad de su voz, la altivez de su actitud impresionaban á la muchedumbre; los magistrados no reconocían en él al tipo clásico del malhechor caído en sus manos; para los suyos, se convertía en un mártir que conserva su nobleza bajo las peores injurias.

Algo turbado, el presidente hojeó rápidamente sus notas. Insistió un momento en querer precisar aquellas relaciones entre beneficiado y bienhechor. Lermantes comprendía el peligro de aquellas preguntas, que podían arrancarle palabras en que tantos oídos prevenidos distinguirían la tara de la ingratitud, y evitó el escollo: no siendo ingrato, no podía pronunciar ninguna. Al contrario, recordó favores ignorados, bondades que no habían dejado huellas, sin temor de que agravasen su situación, como si le reconfortase rendir aquellos homenajes á la memoria de su víctima. No se le escapó ni una palabra que la más hostil atención pudiese explotar contra él. Chaussy, que le espía, no se atrevió á reprocharle más que su exceso de habilidad.

—¡Demasiado hábil!, murmuró al oído de su vecino.

—No, replicó Bogis. Se defiende como un hombre de bien.

Malévolo al principio, el público se inclinaba ahora en su favor: lo revelaban sus actitudes, el estremecimiento reprimido con que aprobaba las contestaciones del acusado, el sonido mismo del silencio, la expresión de aquellas gentes apretadas en los bancos ó en las tribunas, ó apiñadas en los *parterres*, que escuchaban atentas, con la boca y los ojos muy abiertos, como hipnotizadas. Comprendíase que faltaba poco para que aquel sospechoso les pareciese inocente, para que aquel réprobo les fuese simpático, para que, con su habitual volubilidad, se pusiesen de su parte.

Entonces, el Sr. Motiers de Fraisse abrió otro capítulo. Contaba seguir paso á paso la vida del acusado, de la misma manera que un geógrafo sigue el curso de un río marcando los accidentes del suelo en que abrió su cauce, los aspectos de los valles ó de las llanuras que cruzó, así como las ciudades y villas que sus aguas reflejaron. Y aquella vida era rica en acontecimientos diversos, más abundante que homogénea, más activa que prudente, á veces turbia ó tumultuosa. Lermantes explicaba muy bien sus actos, pero eran numerosos los que era preciso explicar: su mismo número inquietaba el espíritu. Brillantes ó obscuras, nuestras existencias se hallan mezcladas con bien y con mal, y de la abigarrada madeja que constituía la suya, se sacaban todos los hilos de color obscuro; así entresacados, los elementos inciertos ó neutros cambiaban de color, declarando contra él; el mal superaba desmedidamente al bien, que ya no contaba. Ciertos hechos se desnaturalizaban por la sola razón de ser expuestos ante el tribunal, sometidos á la óptica particular de la audiencia. Por ejemplo, al casarse, había tenido que liquidar una amistad poco antes contraída y que parecía serle muy grata. De esto podía deducirse que había en su matrimonio parte de interés ó de cálculo. Y él recordaba embelesado los primeros encuentros con su novia, su emoción á la proximidad del verdadero amor, su éxtasis en abandonarse al dulce é intenso sentimiento que iluminaba su ruta, los hermosos años pasados al lado de su amada compañera que compartía con él sus cuidados y sus esperanzas, le sostenía en las horas tristes y miraba con tierno orgullo elevarse su estrella. Pero

¿cómo contar á sus jueces, ante la multitud, aquel apacible idilio de un hombre agobiado de trabajo, que arranca á sus tareas el ocio de saborearlo como una bebida sana, cada gota de la cual repara sus fuerzas? El gritó estas palabras:

—Pueden afearlo todo, pueden pintarlo todo con negros colores; ello es fácil, tratándose de un hombre sentado en este banco. ¡Pero al menos mis hijos saben si amé á su madre!

Las palabras que brotan del corazón producen siempre su efecto; el auditorio se estremeció; muchos labios indiferentes murmuraron: «¡Muy bien!» Pero el Sr. Motiers de Fraisse detuvo aquel movimiento, diciendo con dureza:

—Luego volveremos sobre este particular.

Y se puso á interrogar á Lermantes sobre sus gastos y negocios.

—Al casarse, se instaló usted lujosamente. Sin embargo, ni su situación de fortuna ni la dote de su mujer justificaban aquel fausto. Era la continuación de sus prodigalidades de joven. En lo sucesivo siguió usted por la misma senda.

—Yo ganaba mucho dinero, y no tenía más dulzuras que las de mi hogar. Ciertamente es que lo adorné lo mejor que pude; procuré hacerlo digno de la que lo embellecía.

—Siempre necesitaba usted algo nuevo; además de su hotel de la calle de las Viñas, que aun no acabó usted de pagar, ¿compró una villa en Etrepat y una quinta, mejor dicho un palacio en el Aveyrón?

—La cantidad que debo al *Comptoir d'escompte* sobre mi hotel representa apenas la tercera parte de su valor. Mis otras dos fincas fueron pagadas al contado.

—¿Debe usted dinero á su arquitecto, á sus contratistas?

—Estoy en cuenta con ellos.

—Dijo usted, hace un momento, que desde su pérdida en el casino no ha vuelto á jugar. En cambio, apuesta usted crecidas cantidades en las carreras de caballos, donde ha perdido mucho dinero.

—No he sido el único.

En los bancos del jurado, el doctor Buthier dejó escapar un pequeño gesto de indulgencia: el hombre era aficionado á jugar en los hipódromos; los clientes se lo reprochaban antiguamente; pero desde que no ejercía, se entregaba con más abandono á su diversión predilecta. Durnant y Pillón cambiaron una sonrisa á través de Conthey, que no abandonaba nunca su tienda: aquel presidente se sale de los límites permitidos de la austeridad... Encorvado toda la semana sobre su obrador, con su lente en medio de la frente, el relojero Kloesterli no faltaba un solo domingo en las carreras de Auteuil ó de Longchamp; generalmente perdía un luis ó dos—algo más cuando tenía datos confidenciales sobre las excelencias de tal ó cual caballo cuya victoria se daba como segura;—y se excusaba de ello á sus propios ojos por la necesidad de calmar su tensión de nervios después de seis días de inmovilidad; mas no dejaba de censurar severamente á los que se arruinan en los hipódromos.

—Daba usted fiestas suntuosas. Justo es decir que la gente se disputaba el honor de ser invitada á ellas...

El Sr. de Fraisse dirigió una mirada á la concurrencia: la señora de Luseny, Proz, Lavancher, Lavenne y muchos otros habían figurado entre los convidados de Lermantes; ¿acaso se les iba á hacer cargos por ello? Todo París iba á la calle de las Viñas; allí se encontraba uno con ministros, magistrados, académicos, diplomáticos, embajadores, generales...

—Para una de esas fiestas hizo usted venir de Roma al tenor Bellincione...

—Cantó deliciosamente un aria de Perosi, murmuró Lavancher.

—Para otra, una célebre cantante de Viena. Los periódicos hablaron de las cantidades enormes que á usted le costaron esos *bolos*.

Esto escapaba á la comprensión de Kloesterli: que se juegue en las carreras de caballos, aunque sean crecidas sumas, puede pasar, porque, después de todo, lo mismo se puede ganar que perder; pero ¿á qué hacer venir á precio de oro cantantes de Roma ó de Viena, cuando hay tantos en París? La misma idea cruzó por las mientes sombrías de Mijoux: para tener tales caprichos, se necesita ser derrochador...

El Sr. Motiers de Fraisse adoptó un tono más severo:

—En una de sus fiestas, hizo usted cantar á una artista de la Opera Cómica, con la cual tenía usted una intriga amorosa...

Era verdad: una calaverada, mientras la señora de Lermantes se reponía lentamente de su último parto; una de esas calaveradas de hombre de temperamento que no tienen consecuencias. Pero un singular ri-

gorismo se desarrolla en los más indulgentes con sus propias flaquezas, desde el momento que se hallan reunidos en montón, y la hipocresía misma de ese sentimiento les hace implacables: ¿no lo vemos en el teatro, cuando el público más corrompido se encabrita de pronto ante situaciones que las costumbres toleran y hasta admiten á veces? Con más razón en el Palacio de justicia, donde cada palabra que cae implica un juicio. Lermantes comprendió que iba á perder de un golpe todo el terreno ganado, la confianza de sus hijos, á quienes había apelado con un gesto tan patético, y balbuceó:

—Aquella intriga duró muy poco, señor presidente.

La derrota hizo sonreír.

—¡No importa!, dijo el Sr. Motiers de Fraisse.

Alego ese hecho para contestar á su exclamación de hace un rato. He aquí otro del mismo orden. Manifestó usted un sentimiento muy vivo por la muerte de su esposa. Quiero creer que era sincero. Sin embargo, poco tiempo después de haberla perdido, contrajo usted, con una persona muy conocida, relaciones más duraderas.

—Era viudo desde hacía año y medio cuando encontré á esa persona.

—No la nombraré, á pesar de ser poco recomendable, porque es ajena á la causa. Las relaciones de usted con ella duraron cuatro ó cinco años, y le fueron á ella muy provechosas, á juzgar por ciertas facturas encontradas entre los papeles de usted. Las que tengo á la vista forman un total de más de cincuenta mil francos. Hallo, entre otros muchos, los artículos siguientes: un sombrero de encaje inglés con rosas, 1.200 francos; un sombrero negro con plumas de ave del paraíso, 900; un vestido liberty con adornos de encaje de Bruselas, 2.000; un vestido de faya suave bordado en plata, 1.400; una dalmática bordada, 1.100; doce camisas de batista con adornos de *valenciennes*, 1.800; doce pantalones de *nansouk*, 960; diez combinaciones (trajes interiores) de batista y *malines*, 2.100; dos enaguas de *nansouk* y *valenciennes*, 1.100; una estola de marra cebellina, 6.000; una gorra de armiño y piocha, 1.500. ¡Son precios que se salen de lo vulgar!

Por esto los habían saludado murmullos y risas burlonas. El modesto público de los *parterres*, con sus blusas, sus trajes de pacoilla, sus vestidos económicos y su ropa blanca rugosa, se irritaba contra aquel rico, que tiraba á su paso el dinero tan difícil de ganar. Ninguno de ellos pensaba que, en la sala misma, había muchas mujeres que llevaban trajes interiores de quinientos francos ó vestidos tan caros como los de aquellas facturas, y muchos hombres que las pagaban; que, por ejemplo, la deliciosa capota de Lola Mantilla costaba tanto como «el sombrero negro con plumas de ave del paraíso» que el simple vestido á cuadros de Aina de Moncalier, de tan buen gusto, había desequilibrado el presupuesto de un viejo aristócrata medio arruinado; que los trajes, sombreros, ropa blanca, medias y calzado del batallón de hermosas mundanas que ocupaban el penúltimo banco, representaban sumas por lo menos iguales, arrancadas á la disipación de caballeros que no siempre estaban seguros de poder hacer frente á sus vencimientos.

La mala cara de Chaussy se contraía diabólicamente; sin duda afilaba ya el artículo de virtuosa sátira que iba á lanzar el día siguiente; él, jugador desenfrenado, concurrente á los garitos vigilados por la policía; él, que de tantas corrupciones sacaba beneficio; él, que acababa de divorciarse por tercera vez, abandonando una tercera camada de hijos. Mijoux, Kloesterli, Monchebise, Conthey, ponían ojos de espanto, como al borde de un abismo sin fondo. Arriba, en las tribunas, las mujeres de los magistrados comparaban los modestos sueldos de sus maridos con las desmedidas ganancias que tales gastos suponían. En los bancos reservados, algunos encontraban quizá algo ridícula la lectura tendenciosa de aquellas facturas indiscretas; apenas se atrevían á pensarlo: no se juzga de la misma manera á un triunfador que á un vencido, á un hombre feliz que á un miserable; tales actos que hacen sonreír cuando son cometidos por hombres fuertes, firmes sobre la ficción de su honorabilidad, se convierten en terribles cargos contra los pobres diablos que se sientan en el banco de los acusados.

—Como todo guardaba proporción, continuó el presidente, tenía usted necesidad de llevar adelante muchos negocios para subvenir á tales caprichos...

Lermantes pensó en algunos de los que había visto en la sala: en Crevolá, de quien nunca se sabía si quebraría á fin de mes; en Juan Tomá, á quien nadie le conocía medio alguno de vivir; en Valéns, un disipador, cuyos déficits cubrían continuamente tantas manos sospechosas; en otros muchos, que no hubieran podido contestar alegando, como él, un

trabajo activísimo, empresas que hacían vivir á millares de hombres.

—Es verdad que yo no hacía economías, confesó; pero nunca tuve deudas. Mis negocios prosperaban, mis empresas se desarrollaban felizmente. Yo contaba con su extensión creciente para asegurar el bienestar de mis hijos.

—Esa manera de obrar era muy imprudente.

—Tengo varios seguros sobre la vida, que forman un total de quinientos mil francos. Las primas han sido pagadas con toda regularidad.

—Pensaba usted en los tiempos difíciles; y éstos llegaron. Luego oirá usted á los peritos en contabilidad que declararán sobre el estado de los negocios de usted. Si sus cálculos son exactos, los beneficios se le iban á usted de las manos como agua.

—Estoy dispuesto á discutir sus cifras. No pueden ser definitivas. ¿Cómo es posible formar una idea exacta de mis negocios, si detuvieron su impulso? Varios de ellos aun necesitaban mi dirección; mi detención los mató.

—Esas cuestiones vendrán á su tiempo, y podrá usted contestar á los peritos. Por lo que á mí toca, yo me atengo al hecho. ¡Me veo obligado á atenerme al hecho! Y el hecho es que, á la hora de la liquidación—¡oh, bien reconozco no la eligió usted!,—el equilibrio de su situación se rompió, y todo se desmoronó. Dice usted que fué á causa de su detención; sin embargo, hacía ya tiempo que luchaba con dificultades pecuniarias, dificultades enormes, proporcionadas á sus negocios y..., á sus gastos. A pesar de eso, no se le ocurrió modificar su género de vida.

—¿Lo podía yo por ventura?.. Si hubiese reducido mi tren de casa, hubiera comprometido mi crédito, que me era necesario, y la gente me hubiera tenido por arruinado.

—Vale más pasar por arruinado, que hacer todo lo posible para arruinarse.

—En la sociedad en que vivimos, lo uno conduce infaliblemente á lo otro.

El presidente meneó la cabeza, se acarició la barba con su gesto habitual y corrigió con desdenosa ironía:

—En la sociedad en que usted vive, puede ser. En presencia de sus apuros y dificultades, obraba usted con una ligereza singular. Emprendía enormes negocios que implican mil esfuerzos, y contaba siempre con la suerte propicia. Durante estos últimos años, la fortuna le fué infiel. Tuvo usted fracasos, sufrió las consecuencias de desastres financieros, é iba á encontrarse en una situación difícil, inextricable.

Lermantes se irguió de nuevo, con un movimiento parecido al de Sansón rompiendo sus cadenas:

—¡Oh, señor presidente, yo le aseguro á usted que mi situación no tenía nada de desesperada, y que no necesitaba recurrir al crimen para seguir adelante!

Dijo esto con tal confianza, con tal vigor, que parte del público volvió á serle favorable; después de todo, había hecho grandes cosas; ¿por qué dudar de su poder? Todo el mundo sabe que hay alzas y bajas en los negocios.

—Ese presidente es un estúpido, murmuró Crevolá al oído de Valéns. Lo mismo se gana que se pierde, y todo acaba por arreglarse...

—Sí, sí, dijo el Sr. Motiers de Fraisse, usted pensaba que era una crisis pasajera; como los jugadores, que creen siempre que la mala suerte va á cambiar... Pero ¿y cuando no cambia?.. En fin, usted se explicará con los peritos. Yo no quiero apreciar sus conclusiones; eso corresponde á los señores jurados...

Miró la hora en su reloj, que señalaba las tres y cuarto.

—Pero ¿quizá se halla usted fatigado?, preguntó con aquella benevolencia de tono que le valía su reputación de imparcialidad. Podríamos interrumpir la audiencia un momento.

Lermantes hizo seña de que no lo necesitaba. La excitación le daba fuerzas, haciéndole recobrar su vigor y su elasticidad de antaño. En cambio, el señor Nudrit reclamó, enjugándose la frente. El calor era extremo; los cristales opacos del techo preservaban mal del sol, uno de cuyos rayos daba en su birrete. El Sr. Perrón la apoyó.

—Entonces, dijo el presidente, se suspenderá la audiencia por un cuarto de hora.

Y mandó abrir, durante este tiempo, puertas y ventanas.

## VI

La mayor parte de los asistentes soportaron las corrientes de aire por temor de perder sus puestos si

se ausentaban. Sin embargo, Aurora Winckelmatten salió recomendando su silla á sus vecinos: aun vistiendo la toga de abogado, una mujer guapa sabe que no habrá nada que no hagan por ella. Seguro también de que nadie emprenderá nada contra él, Chausy se fué á liar cigarrillos en la acera, destilando su veneno. Ambos se encontraron en los pasillos, y charlaron un instante: ella, graciosa, algo asustada de aquella cara de hiel y de odio; él, escondiendo las uñas.

—¿Qué causa!, ¿eh?.. Confiese usted que quisiera defenderla.

—Sería demasiado abrumadora para mí.

—¡Bah!.. Si algún día asesino á alguien, acudo á usted... ¡Palabra!

—Se arrepentiría.

—¡Yo no me arrepiento nunca de nada!

Montjorat se había levantado para distender sus músculos anquilosados; empezó por protestar contra las bocanadas de aire que echaban los miasmas de la sala:

—¡Demonio!, ¡yo me voy á constipar!.., y debo evitarlo porque trabajo mañana!..

Sus vecinos discutían el interrogatorio. Él intervino en la conversación, interpellando á Lavenne:

—¡Vamos á ver!.. ¿Qué piensas tú de eso?..

—¡Espera un poco!.. ¡Deja venir!.. Eso apenas adquiere forma...

Pero Montjorat se puso á detallar sus impresiones: Lermantes conservaba una buena actitud; solamente su voz era demasiado sorda y no se distinguían bien sus palabras:

—¡Qué lástima!.. Cuando ha dicho: «¡Mis hijos saben si yo amé á su madre!», ha estado muy bien... del todo bien!.. ¡Pero qué acento!.. Tenía que haberlo dicho en voz muy alta, con un hermoso gesto.

Se arqueó, repitió la frase con un ademán teatral y dijo en conclusión:

—¡Ah!, ¡la dicción sobre todo!..

En suma, Lermantes había causado buena impresión; el auditorio lo encontraba sereno, firme, respetuoso sin bajeza. Lavancher sintió que por momentos pareciese demasiado seguro de sí mismo.

—A los jurados les gusta que el acusado tenga un poco de miedo, explicó. Por una vez en su vida que son omnipotentes, quieren que se les trate con deferencia... ¡Es natural!..

—Sí, dijo Proz; pero, en la situación de Lermantes, ¿quién piensa en ello?.. Uno hace lo que puede...

—Cada cual según su temperamento, añadió Lavenne. Los unos se muestran firmes, los otros desmayan; los hay que gimen y los hay que parecen de mármol. La gente dice: «Se conoce que es culpable ó que es inocente...» ¡Absurdo!

Montjorat volvió á su idea:

—¡No, no lo crean ustedes!.. ¡La voz y el gesto influyen mucho!

—¿Quisiera verle á usted en el banquillo de los acusados?, dijo Lavancher. ¿Se figura usted que se hallaría en posesión de todas sus facultades?

—¡Oh, yo me mostraría muy valiente!.. Tendría mi conciencia, ¿comprende usted?..

Otros protestaban contra la extrema austeridad del presidente:

—¡Es un jansenista!, exclamó Juan Tomá.

Sin embargo, tomaban sus precauciones, por temor de enseñar la punta de la oreja. Crevolá, que había pronunciado una frase imprudente, trataba de retirarla; ¡muchos se desbocan en sus negocios, decía; pero Lermantes se excedía!.. Proz, que jugaba partidas prodigiosamente ingeniosas á sus acreedores—al extremo de hacerse prestar dinero por un alguacil que había ido á embargarlo—no comprendía que se pudiese vivir con tales quebraderos de cabeza. Luego cambió de conversación recordando la fiesta del invierno anterior, «el siglo galante»; los convidados vestidos á la usanza de la época de Luis XV, los cuadros al vivo reproduciendo cuadros de Watteau de la colección Wallace, un minué bailado por las mejores artistas coreográficas de la Opera sobre la música de Lulli, una comedia de máscaras reconstituída conforme á una obra escénica de Riccoboni...

—¡Todo del gusto más perfecto!, afirmó Lavancher; todo de una exactitud irreprochable.

—La señora de Entraque, que está allí, iba de marquesa de Pompadour... ¡Estaba ideal!.. Me ofrecí á hacerle su retrato y no quiso.

—¿De qué iba Lermantes?, preguntó Lavenne.

—De duque de Choiseul... ¡Muy elegante!..

—¡Grandeza y decadencia!.. De veras, le compadezco; quisiera que saliese bien librado...

—¡Ese!, murmuró Lavancher, meneando la cabeza... ¡Sea como fuere, se acabó el rein!.. Cuando uno ha pasado por el gabinete antropométrico y por la cárcel celular, y cuando se ha paseado en coche ídem

—por más que sea inocente como un niño que acaba

de nacer,—ya no puede volverse á vestir de duque de Choiseul.

—Yo, dijo Montjorat, si me encuentro con él más tarde, se me figurará siempre verlo ante sus jueces.

—¡Bah!, dijo Proz, ¡en París todo se olvida tan pronto!.. ¡Una escabullida de algunos meses, y hombre nuevo! A propósito, ¿sabe usted quién era la dama?.. ¿La dama de los pantalones de nansú?

Los del grupo se consultaron con la vista.

—¡A fe mía no lo sé!, confesó Lavancher.

Proz la nombró: que se diva pasada de moda. Lavancher hizo observar que se había desprestigiado mucho.

—¿Con quién está ahora?, preguntó.

Proz se encogió de hombros:

—¡Con cualquiera! ¡Llegó á la edad en que no se desperdicia nada!

En su rincón, Avoise y Choffart preveían la absolución. Todos los grandes procesos de la época tenían este final: un ruido del demonio, un escándalo mayúsculo, y después todo se arregla, cada cual regresa á su casa, y vuelta á empezar como si nada hubiese sucedido:

—Los tunantes pasan siempre por entre las mallas de la red, dijo Avoise.

—Con tal de que las doren al pasar, completó Choffart.

Y pronosticaron que Lermantes sería ministro.

Era, en suma, un entreacto. Se hablaba como en el teatro, se hacían chistes, se buscaba con la vista á los amigos. En medio de aquella indiferencia, Rolando, Renata y Pablo permanecían petrificados en su banco. Las preguntas y respuestas que tantas cosas acababan de revelarles zumbaban locamente en su espíritu. Toda aquella gente la había oído, pero sólo ellos hubieran podido distinguir lo verdadero de lo falso. ¿Pero podían?.. Mil impresiones remotas, inadvertidas de momento, y borradas después, reaparecían en la superficie de su memoria, enredando los recuerdos, confundiendo sus juicios. ¡Dios mío!, ¿qué creer de todo aquello?.., y ¿cómo dudar?.. ¿Qué discernir en aquel pasado fangoso que se acababa de remover?.. Ellos estaban seguros de haber descubierto perlas en aquel fango... ¿Qué pensar de su padre, de aquel buen padre tan diferente del que ahora veían allí, entre dos gendarmes, que no conocían, que nunca habían conocido?.. ¿Cuál de los dos era el verdadero?.. ¿O bien, los dos, habían combinado milagrosamente sus almas distintas en un mismo cuerpo?.. Apenas se atrevían á formular en el fondo de sí mismos estas atormentadoras preguntas. ¿Cómo habían de atreverse á contestarlas?.. Hasta aquel día, habían creído en su padre, con todo su apasionado fervor; ahora una duda se apoderaba de ellos, ó la sombra de una duda, y era más que suficiente para abatir su valor; porque si dudaban de él, por poco que fuese, ellos que le amaban, ellos que lo habían conocido en sus buenas horas de ternura y de dolor, ¿cómo le juzgarían aquellos hombres que le veían por primera vez á través del prisma deformador del interrogatorio?.. Renata y Rolando sepultaban su angustia en el fondo de sí mismos; Pablo giraba los ojos irritados, desafiando á la multitud. Mudo como ellos, el tío Marnex les miraba de reojo, mordiéndose el bigote. Su padre solía decir riendo: «Mi cuñado quisiera desollarme vivo, con uñas untadas de jarabe de azúcar.» El caso es que tenía aire de malevolencia. Las pasiones de un alma vulgar, la envidia, el rencor, la cólera, la humillación, atravesaban su rostro crispado. Mezclábase con todo esto una baja curiosidad: hubiera querido saber más cosas de las que decía el presidente; nombres, hechos, detalles... Sobre todo, hubiera querido conocer los secretos pensamientos de aquel público, súbitamente enterado de los defectos de su familia. ¿Cómo juzgaba á Lermantes? ¿Le conservaba un resto de su escéptica indulgencia, que nunca condena sino de boca, ó lo aplastaría con esa indignación de que alternativamente y sin medida, se muestra avaro ó pródigo? Sin duda, hablaba también de él, de rechazo, discutiendo su actitud, sondeando sus intenciones. ¿Se mantenía en una actitud bastante digna? ¿Imponía el respeto debido á su desgracia?.. Escuchaba atento para coger, en medio del zumbido de la sala, alguna palabra que le permitiese formar juicio; pero, en torno de él, todo el mundo bajaba la voz... Sin embargo, oyó que alguien—era Proz, á quien no conocía—se acercaba á la señora de Entraque, que le preguntó:

—... Muy apasionante, ¿verdad?

La contestación se le escapó.

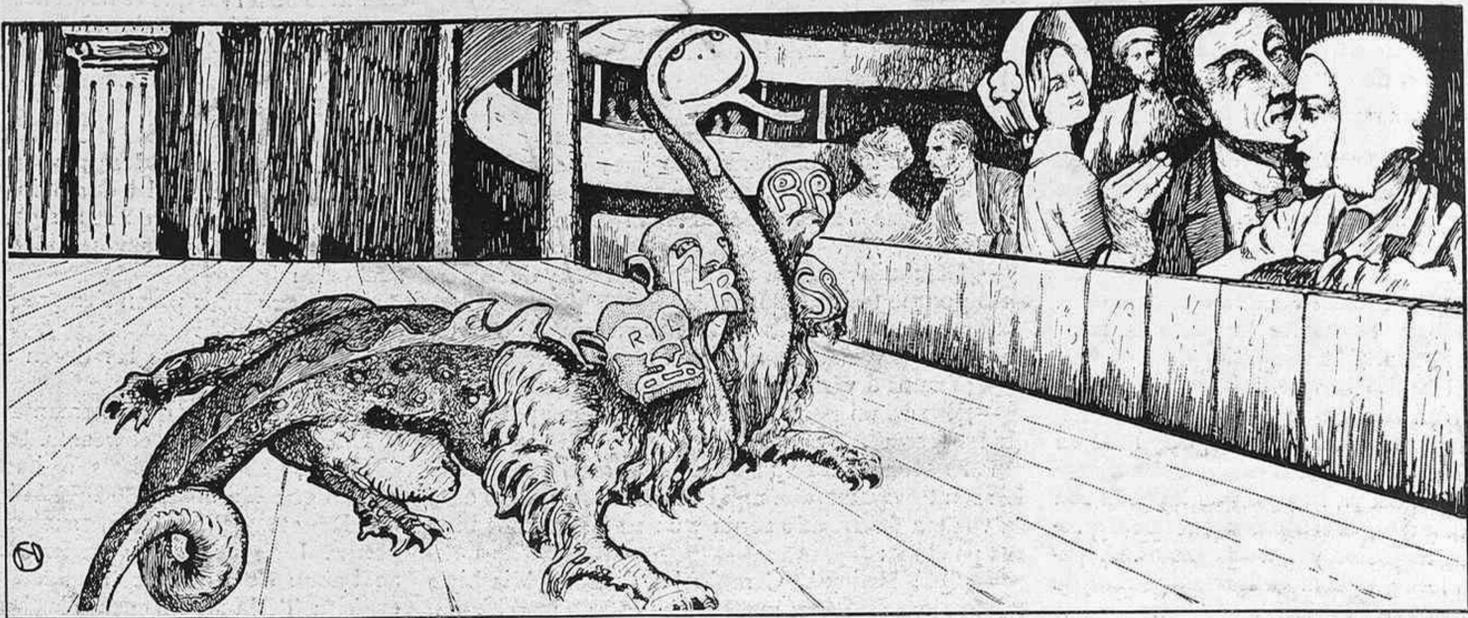
—¿Qué pronostica usted?.. Usted debe estar en el secreto, puesto que el Sr. de Entraque tiene la clave del enigma.

Marnex oyó á la joven señora protestar vivamente, casi en voz alta:

(Se continuará.)

# AVENTURAS Y VIAJES MARAVILLOSOS E INSTRUCTIVOS DE JUANITO Y JUANITA

Novelita para la infancia, Original de Nogueras Oller



—CH fué objeto de una ruidosa ovación por parte del público, como ya usted puede suponer.

—Zin embargo, interrumpe Juanito, yo me creí con derecho de proteztar y protezté, ¡vaya zi protezté!

—¿No te gustaron los ejercicios del fenómeno?, pregunto sorprendido.

—En zu primera parte, zí; pero lo que dezpuéz cantó, de ninguna manera, zeñor vecino. Fué una barbaridad. Figúreze: puzieron un cartelón en el cual ze leía... ¡Dilo tú, mi hermana, puez á mí no ze me pegan loz verzozi!..

Juanita mé pide un lápiz y papel, y escribe:

En su choza Cham tenía un chamarón y el machabeo Achmet le dijo: «¡Es tan chambón que nunca le oirás ni una mala canción!.. Chipití, chipitón, nada vale el chamarón.

—Vamoz por partez, exclama Juanito. En primer lugar, ¿qué coza ez un chamarón?

—Pues mira, un ave pequeña del orden de los pájaros, negra por la parte superior y blanca por la del pecho, cuya cola es muy larga.

—¿Y zer chambón?

—Chambón indica torpeza, poca habilidad...

—Zí, zí, conformez; pero vamos á ver, si CH ez CH y K ez K, ¿por qué se metió la primera en loz negocioz de la zegunda? CH cantó:

En zu choza Kam tenía un chamarón...

¿Ve uzted? *Ch* y *a* y *m* y *a* y *r* luego una *ó* y dezpuéz una *n*: chamarón, perfectamente; pero *ch* y una *a* y una *m*: ¿kam? ¡De ningún modo! ¡Protezté! ¡Protezté! Y vaya uzted fijándose, prozigo:

Y el makabeo Akmet

en lugar de machabeo Achmet, ¡calcule! Protezté, como tenía que proteztar igualmente el público, todo el público en maza, pero no hay zangre..., todo el mundo calló, y zin duda por miedo ó por rezpeto al chuzo de CH...

—¡Por Jesucristo! ¿Aplaudieron?

—¡Quiá! Todavía peor: ¡ze burlaron de mí!

—Conste que no lo digo para que te enfades, pero es lo cierto, hermano mío, que el señor periodista me confió que hiciste una plancha.

Juanito se enfurece, gesticula y amenaza con emprender de nuevo el viaje al país de Ortografía, no en biplano, sino en globo dirigible y bombardear la ciudad.

Yo, ante el peligro de tamaña hecatombe, que bien podría degenerar en conflicto europeo, procuro calmarle y hacerle entender que, realmente, dió sobrado motivo para que se burlara el público.

—¡Me dirá uzted á mí! *Ch* y *a*, *cha* y ademáz la *m*, *cham* y no *kam*, como zucedee con *chambón*.

—Has de saber, Juanito, que antiguamente no pocos vocablos por derivar del hebreo, del griego y de otros idiomas, se escribían con *Ch*, dándole el sonido de *K*, como en Eucharistía, Jesuchristo, Cherubín, Antiocho.

—¿Me hace uzted el obzequio de ezcribir la última palabra?

Me apresuro á escribirla con mi bastón en la arena del jardín.

—Mil gracias, zeñor vecino; pero que conzte, para mí ezta palabra quiere decir *ziete*.

—¿Y en qué te fundas?

—Puez en que *anti...*, ¡nada, que antez del número ocho va el *ziete*! ¡Es muy zencillo!

—No, Juanito... Nada tiene que ver esta palabra con el ocho, ya que es el nombre que llevaron trece reyes de Siria, uno de Cilicia y tres de Camajene, ¡por Dios!

—¿De modo que el número ocho debe, zegún uzted, pronunciarse oko?..

—Dios te libre de semejante barbaridad, Juanito, ya que sólo en obsequio de evitar tales confusiones y peligros dispuso la Real Academia de la Lengua Española que se escribieran, ya con *c*, ya con *qu*, Jesucristo, Cam, máquina, querubín, etc., etc. ¿Tú me entiendes, Juanito?

—Puez á zaberlo antez, yo no hubiera cometido zemejante plancha, que fué gorda, lo comprendo, puez cuanto más se reían de mí, más yo me burlaba de elloz. En fin, que me irrité, zalíme de miz cazillaz, y claro, también del barracón.

—Y yo, francamente, dice Juanita, lo sentí por lo que pudo pensar de nosotros no CH ni el público, sino el señor periodista, que era muy amable, y también porque cuando sólo á fuerza de mucho rogar pudimos convencer á Juanito que entrara otra vez, ya LL había ejecutado su número. Debe de ser muy interesante, ¿no es cierto?

De momento vacilo; no sé decirles con toda seguridad si LL salta una valla ó monta á caballo, pero manifesto al fin para consolarles:

—A LL le sucede lo propio que á CH. Son dos letras con un solo organismo. No sé si trabaja mejor ó peor que CH, pero sí sé que tanto la una como la otra son por igual interesantes. Por lo demás, voy á explicaros una anécdota, bastante curiosa, de LL, si conocerla os agrada.

—¡Sí! ¡Zii!, gritan, mejor dicho, vociferan los dos, palmoteando con grandes muestras de alegría.

—Un poco de atención, y allá va la anécdota.

Paseando eztaba la LL por la calle. Marcello (1) la llamó diciendo:

—Diga uzted, ¿vivió uzted en Gallia (2)

(1) Así, Marcello, se escribía antiguamente.

(2) Así se escribía Galia (país de los galos).

—¿Dos eles habitaron, mas no yo!

—¿Y en Hellesponto?

—¡Ellas; también ellas!

¡¡fjese uzted: *el-lesponto*! (1)

—¿Y uzted, pues?

—Yo en Sevilla.

—¿En Sibilla?

—¡Es uzted un tonto!

Sibilla cual fué antes, hoy, aun es sibilla y no un lugar como Hellesponto sino una semidiosa... (2) ¡Adiós, Marcelo! ¡Ah, si no estudias más te tomarán el pelo!

Me he visto en el caso de socorrer á Juanito. Con otro ataque de risa tal cual me verá obligado á llamar al doctor. De todos modos, me inclino á presumir que el ataque se debe, no á la gracia que pueda tener la referida anécdota, sino al gustazo de saber que también otros le ayudaban en eso de echarse una plancha á cuestas.

—¡Basta, Juanito! No te rías más, por Dios, y dime, ¿qué me cuentas del tercer fenómeno?

—¡Úf, éze ez más curiozo todavía! Ez una ezpecie, ¿cómo diré?, de monztruo con un zolo cuerpo y cinco cabezaz.

—¡Demontre!, exclamo lleno de pavor. ¿De esta manera se os presentó la doble R?

—Nunca jamás olvidaré, dice Juanita, el último número del «Pabellón de los Tres Fenómenos.» La noche había cerrado en absoluto, y como fuese que las luces eran pocas y malas, el circo eztaba en sombras. Una especie de dragón se arrastraba, moviendo sus cinco cabezas casi humanas, enroscando y desenroscando su cola enorme. Juanito eztuvo á punto de escapar y yo también, pero á las buenas razones que nos dió el periodista acabé por reirme del miedo de mi hermano.

—¿Y en qué consiste el mérito de tan terrible drrrragón?

—En que habla correctamente; pero, según sea el vocablo, se sirve de una ó de otra de las cinco bocas que tiene, siendo su voz siempre igual.

—¡Jesús! ¡Comerá niños crudos!

—¡No, no! ¡Zólo canta!

—Respiro.

—Zi la voz fueze diztinta al cambiar de conducto vocal, parecería un órgano.

—Verá uzted, dice Juanita, tiene una cabeza más alta que las otras cuatro y está al centro, afectando la forma de una R. Ya tenemos una. La primera de las otras lleva la inscripción L. R.; ya tenemos dos. La segunda, N. R.; ya tenemos tres. La cuarta, R. R.; ya tenemos cuatro. Y la quinta, S. R.; sabe uzted, pues, cómo y en qué se distinguen, una de otra, las cinco cabezas.

—Convenido.

(1) Estrecho, hoy llamado Dardanelos, que separa la Europa del Asia.

(2) Hoy se escribe *Sibilla*, nombre dado á muchas mujeres, en la antigüedad, que se consideraban inspiradas ó protegidas por los dioses.

—Con la cabeza más alta, la del medio, empezó de esta forma:

Rijo en todas las rosas,  
delante del rey estoy.

Prosiguió el cantar la primera de las cuatro más bajas:

Por malrotar mi fortuna...

—¿Qué significa malrotar?, interrumpe Juanito.

—Disipar, malgastar la hacienda ó la fortuna, le contesto.

—Decía, pues, prosiguió Juanita algo enfadada por la interrupción, que la primera cabeza de las cuatro más bajas cantó:

Por malrotar mi fortuna...

respondiéndole la tercera:

así arrastrándome voy...

A lo cual contestó la segunda:

y en honra tengo ..

Repuso la tercera:

correrla  
por el mundo y cantar fiel  
himnos al Dios ..  
¡De Israel!

gritó la cuarta cabeza dando por terminada la canción, mientras que un trueno de aplausos hacía temblar el circo.

Debidamente preguntado, me esfuerzo en dar á entender la razón por qué nació R doble con cinco cabezas, diciéndoles que cada una de ellas significa un caso de los cinco que, de sonido fuerte, goza la letra en cuestión, ya que siguiendo á l, n ó s, suena siempre doble, con todo y figurar una, lo mismo que en todo principio de vocablo que empiece con R, como en río, réplica y...

—¿Río con sólo una r?  
—¿Por qué no?  
—Porque la cabeza número trez cantó lo que zigue:

Por pazearse todo el día  
por el Ebro la Narciza,  
laz gentez que la conocen  
le llaman doña Andarría.

¡Ya ve usted!

—Pero, muchacho, la palabra andarrío es una voz compuesta y, fíjate bien, en toda voz compuesta cuya segunda parte empieza con r, como río de andarrío, se duplica dicha letra para facilitar la lectura, lo cual equivale á decir que el lector no haga sonar suavemente la r, como en andaría de andar. Lo propio sucede en los vocablos contrarréplica y prorrata, de réplica y rata respectivamente.

—¡Coles! ¿Y qué tiene que ver la ezpoza del zeñor ratón en todo ezo?

Suelto la más sonora carcajada y digo:  
—No me refiero á la hembra del ratón, Juanito, sino á cantidad ó interés, ya que ambas cosas antiguamente llevaban el nombre de rata; de aquí la palabra compuesta prorrata. Pero, ¡demontre de fenómeno! ¡Debiste de pasar una mala noche soñando en sus cinco cabezas!

—¡Una verdadera pezadilla, zeñor!

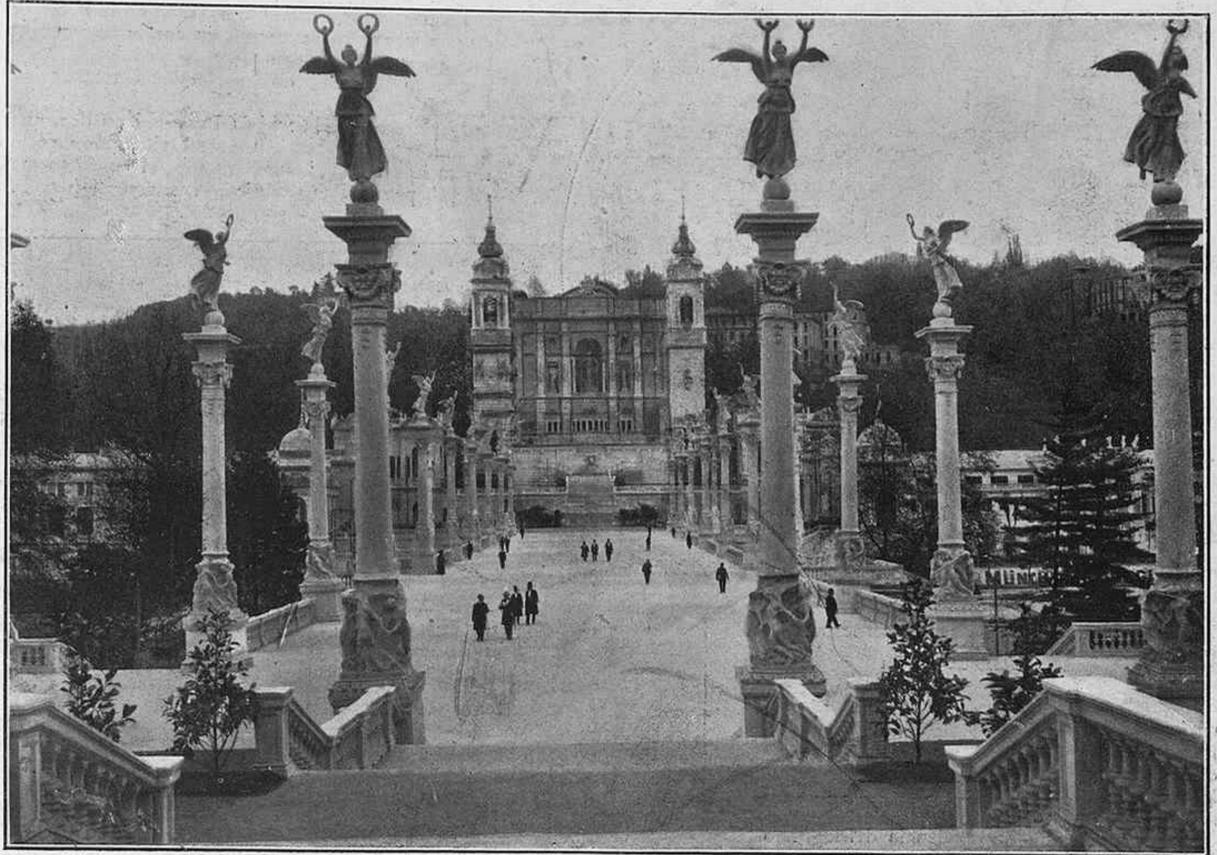
(Continuará.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

QUESTIONS DE GRAMÁTICA CATALANA, por *Fempeyo Fabra*. — Colección de artículos en que se dilucidan interesantes problemas gramaticales del idioma catalán. El Sr. Fabra es una verdadera autoridad en la materia y esta constituye la me-

según lealmente declara el autor en el prólogo, á la escuela naturalista cuyo pontífice fué Zola, y dentro del género bien puede presentarse como obra sólidamente pensada y desarrollada hábilmente, que nos ofrece escenas trazadas con gran vigor y caracteres hondamente estudiados. El estilo no necesitamos elogiarlo tratándose de un escritor tan justamente reputado en las letras castellanas contemporáneas, y á quien sobradamente conocen los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Un tomo de 216 páginas que forma parte de la Bi-



Turín. Exposición del Cincuentenario. — Vista del puente monumental sobre el Po, que pone en comunicación las dos márgenes de este río en donde se levantan los diversos palacios y pabellones que constituyen la exposición. La descripción de este puente la hicimos en el número último. (De fotografía de Chuseau-Flaviens.)

por recomendación del libro, que forma parte de la biblioteca popular de «L'Aveng.» que con tanto éxito se publica en esta ciudad. Un tomo de 124 páginas; precio, 50 céntimos.

EN TORNO DEL CABALLITO, por *E. O'neado*. — Folleto de 56 páginas en que se describen algunos episodios de la vida íntima y pública del rey Carlos IV de España, cuya estatua ecuestre se alza en una de las plazas de México; impreso en México en la imprenta de Antonio Enríquez.

LA CANSÓ DEL ISOLAT, por *Daniel Martínez Ferrando*. — Colección de bellísimas composiciones del celebrado poeta valenciano, en las que se admiran una alta inspiración y una gran nobleza de sentimientos, que dejan entrever un alma enamorada de los más puros ideales y que se exteriorizan en hermosa forma. Un tomo de 84 páginas impreso en Valencia por A. López y C.; precio, una peseta.

LA CONQUISTA DE CHILE Y SU CANTOR ERCILLA, por *Blanca Vanini Silva*. — Poema heroico en tres partes y nueve cantos escrito en autorosas é inspiradas estrofas que justifican la fama de su autor, á quien se considera como una de las primeras poetisas americanas. Un folleto de 60 páginas, editado en Santiago de Chile por Cosme Lagos; precio, un peso.

LA GUARIDA, por *José Francés*. — Pertenece esta novela,

biblioteca Renacimiento editada en Madrid por V. Prieto y C.; precio, tres pesetas.

DE MI COSECHA, por el *conde de Cedillo*. — Colección de artículos, los más de ellos notas de viaje, pero de un viajero que sabe historia para evocar los tiempos pasados y de un artista que sabe sentir la belleza del paisaje para describirlo con justeza de color, con un carácter tístico y con un hondo sabor regional. Un tomo de 128 páginas que forma parte de la Biblioteca Patria que con tanto éxito se publica en Madrid; precio, una peseta.

DISCURSO PRONUNCIADO POR *Sergio Cuevas Zequera* en el acto de la repartición de premios á los alumnos del Centro Gallego de la Habana, efectuado en el Teatro Nacional el domingo 4 de septiembre de 1910. Folleto impreso en la Habana en la imprenta de Solana y C.

DOS AMORES, diálogo en prosa original de *Abelardo Rivera*. — Producción dramática inspirada en el más puro patriotismo y llena de bellos pensamientos que se estrenó con gran éxito en el Gran Teatro de Córdoba en la noche de 7 de diciembre último con motivo del certamen patriótico-literario organizado por el regimiento de Infantería de la Reina, del que es teniente el autor. Un folleto de 14 páginas con un prólogo de D. Cayetano Alvear, coronel del citado regimiento, impreso en Toledo en la tipografía de Rafael G. Menor.

**CITRATO EFERVESCENTE "KING"**  
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO  
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES  
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO  
Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El más activo y económico, el único inalterable. — Exlixir Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

**VINO Y JARABE DE DUSART**  
al Lactofosfato de Cal  
EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anemia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.  
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

Reino de Sajonia.  
**Technikum Mittweida.**  
Director: Profesor A. Holtz.  
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas.  
Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.  
Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.  
Talleres para la instrucción práctica.  
Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.  
Programa etc. gratis de la secretaría.

**DICCIONARIO**  
de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados 55 pesetas.  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

LOS SUCEOS DE MARRUECOS.—LA MAJALA BREMOND EN FEZ. (De fotografías de Rol.)

El estado de insurrección en que, según dijimos en uno de los pasados números, se hallaba el imperio de Marruecos, con-

En efecto, el día 26 de abril último las fuerzas del comandante Bremond entraron en la ciudad sitiada, no sin haber tenido que sostener durante cuatro días reñidos combates, de los cuales salió triunfante, habiendo causado grandes pérdidas al enemigo. Junto a las mismas murallas de Fez los rebeldes opusieron a la majala tenaz resistencia.

Las tropas de Bremond entraron en perfecto orden en la capital marroquí, en donde fueron recibidas con gran entusiasmo. Sus pérdidas, desde el comienzo de la campaña, ascienden a treinta muertos ó desaparecidos.

La entrada de la majala Bremond en Fez, aunque ha mejorado notablemente la situación de ésta, no ha resuelto, ni mucho menos, el conflicto marroquí, pues no sólo subsiste la insurrección de las

cificar aquellos territorios. La movilización de tales fuerzas ha llevado la alarma a algunas cancillerías europeas y muy en especial, naturalmente, a la alemana. Francia protesta en todos los tonos de que su intención es sólo cumplir la misión que el acta de Algeciras le impuso, es decir, reforzar la autoridad del sultán y ayudarle a restablecer el orden en su imperio, poniendo fin a la anarquía que amenaza a los súbditos franceses y a los extranjeros, y en modo alguno realizar planes de conquista y de desmembración de Marruecos.

Pero estas protestas no convencen a la prensa de Alemania, la cual no cesa de llamar la atención sobre la conducta de Francia y de advertir a ésta del peligro a que se expone si traspasa los límites de la acción que las potencias le tienen señalada.

Y mientras los periódicos franceses parecen empeñados en presentar como grave la situación del imperio, los alemanes rebajan importancia a los sucesos que allí se desarrollan, como



Muley Hafid, sultán de Marruecos, en su caballo de guerra

tinúa, habiéndose desde entonces agravado por haberse recrudecido el movimiento de rebelión de las principales tribus próximas a Fez, y por haber sido proclamado en Mequinez un nuevo sultán, Muley Zin.

La situación de Fez, residencia del legítimo sultán Muley Hafid, ha sido durante algunas semanas verdaderamente comprometida. Situada por los cherardas, cheragas, beni-hassén y otras tribus, el majzén no disponía de fuerzas suficientes para resistir mucho tiempo los ataques de los sitiadores, y era de temer que de un momento a otro cayese en poder de éstos si los refuerzos en su socorro enviados no llegaban oportunamente. Constituía estos refuerzos la majala del comandante francés Bremond, que se hallaba al otro lado del río Sebú y que se compone en su mayoría de tropas indígenas mandadas por oficiales franceses.

La suerte de esta columna llegó a inspirar, en ciertos momentos, serios cuidados, habiendo circulado acerca de ella las más alarmantes noticias, que afortunadamente han resultado falsas.



Fez.—Tropas regulares del sultán desfilando ante los caídos de las tribus que permanecen fieles a Muley Hafid

tribus vecinas a la capital, sino que también Mequinez está en plena rebeldía, y en otros puntos del imperio se respiran aires de hostilidad contra el sultán legítimo y sobre todo contra los europeos en él residentes.

De aquí que Francia envíe allí refuerzos y organice columnas, como la de la Chaufa, que manda el coronel Brulard, y la formada en la frontera argelino marroquí, destinadas a pa-

para quitar a Francia todo pretexto de intervenir de un modo formal en ellos.

El gobierno español, por su parte, se mantiene en una actitud de prudente expectativa, resuelto a hacer respetar nuestros derechos y a conservar el orden de nuestra zona de influencia, apelando para ello a todos los medios que las circunstancias requieran, pero sin ánimo de meterse en aventuras de conquista.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.*

**CABALLOS**

Caballos de caza y de carrera ingleses é irlandeses, los mejores en su clase. Durante los últimos años han ganado 114 campeonatos, 890 primeros premios, 440 segundos y 190 terceros. Precios en concurso abierto. Dirigirse personalmente ó por escrito a J. H. Stoker, Kether House, Great Bowden, Market Harborough, Inglaterra.

(N.)

**AVISO A LAS SEÑORAS**

**EL APOL** 25 105 RES  
**JORET HOMOLLE**

CURA  
**LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Fóne y conserva el outis limpio y terso

Casa GANDÉS 6<sup>a</sup> St-Denis, 16

**URANIA**  
INCOMPARABLE  
**600 ptas.**

La más sólida, visible y perfeccionada. Agente General para España JUAN ROVIRA — CORTES, 619, BAJOS BARCELONA

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.